

VARGAS VILA

ROSA MÍSTICA





ROSA MISTICA

ROSA WILSON

D. Garcia
4/22/42

VARGAS VILA

ROSA MÍSTICA

Mes Nouvelles

Mil Novecientos Diez y Siete



BARCELONA

CASA EDITORIAL MAUCCI

Gran medalla de oro en las Exposiciones
de Viena de 1903, Madrid 1907, Budapest 1907 y gran premio
en la de Buenos Aires 1910

Calle de Mallorca, 166

1871

ROSA MISTICA

THE

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...



Rosa Mística

Al pie del cerro abrupto la llanura desolada, y, en ella la ciudad terrosa y, fría;

una ciudad lúgubre y, ruinoso, que alza sobre el llano glauco y dorado como el mar, en la transparencia triste de un horizonte opalescente, las siluetas deformes de docenas de templos, de arquitectura grotesca, cuyas moles se diseñan, como una contracción dolorosa del Arte, en la bruma blanca y, dorada de los celajes andinos;

hacia el Sur, donde la iglesia de Santa Bárbara alza su mole de ladrillos rojos, en el silencio de una calle triste y, guijarrosa, al-

zaba su mole pétrea, lúgubre y, austera, la casa de mis tías;

era el viejo caserón de un antiguo Oidor, espécimen el más puro de la vieja arquitectura española, con su amplio portal de piedra, sobre el cual un escudo roto, atestigüaba la inocente vanidad de un escribano parroquial, hecho noble ultramarino en virtud de sus guineas, y, pasado como auténtico en la genial estulticia de las gentes de mi pueblo, atacadas de la incurable manía de títulos y, blasones;

amplios corredores con blancas columnas, y, blancos muros en cuadro; ancha la escalera de piedra, en cuyo descanso un San Cristóbal enorme ostentaba sus formas de Hércules foráneo, y, era allí, centinela avanzado contra los ladrones, por inocente comisión de las dueñas de la casa;

y, en el patio inmenso, como una nota policroma, cantante y fúlgida, la más bella y, espléndida floración de geranios y, de rosas,

de claveles y, de nardos, de alelíes y, de convólvulos, esmaltando la tierra en turba multicolor, trepando por las columnas, enredándose en las barandas, y, abriendo en vegetación lujuriente, sobre extraños vasos, sus hojas llenas de encanto, sus cálices repletos de perfumes;

el salón, un gran salón de aspecto rectoral, tan grande, que sus ángulos se perdían en la sombra; inmensos sofás de cerda, negros, con patas de león, rojas y, doradas; grandes sillones de altos espaldares y, brazos también dorados, que hacían pensar en un coro de canónigos, en un salón abacial, pronto para la reunión de un Capítulo de la Orden;

en los muros, altos y, escuetos, entre imágenes piadosas, de una policromía deplorable, se ostentaban dos retratos al óleo, cuya ejecución, menos que mediocre, los hacía de un ridículo conmovedor; en el uno, un Arzobispo, graso y, sonriente, todo envuelto en

encajes y, telas violetas, mostraba con una satisfacción campesina su dedo índice, en el cual brillaba, como una gota de esencia de lilas, la amatista oscura de su anillo pastoral; aquel prelado omnipotente en tiempos del coloniaje, estaba ligado, por no sé qué nexo de parentesco a la familia de la casa;

el otro retrato, en grotesca parodia rembranesca, era el del Marqués de la Perguera; el escribano hecho Oidor y, luego noble, merced a quién sabe qué ignoradas pilatunas;

surgía como una flor de cera, de entre el corpiño negro y, las gorgueras blancas, el rostro amarillo, y, pérfido, con mandíbulas de lobo y, ojos de ave carnicera, del ilustre fundador de esa familia de nobles parroquiales, de la cual por lenta eliminación, no quedaban ya, fieles a esa quimera del pasado, sino esas tres viejas vírgenes, agotándose en el piadoso sonambulismo de sus sueños de Santidad, y, de Nobleza;

¡oh, las vírgenes sexagenarias, lirios de un

jardín divino, cisnes de un místico lago, pá-
lidas azucenas de holocausto!

aun me parece verlas, a través de la bru-
ma del recuerdo, vagar, silenciosas, y, aus-
teras, como grandes mariposas blancas en
vuelo letárgico, por los salones desiertos y,
los amplios corredores de la vetusta casa
señorial;

Manuela, la mayor, alta y, fuerte, duro el
ceño, altivo el gesto; una como Juno virgen
y, anciana; había majestad, hábito de mando
en las inflexiones de su voz, en el mirar do-
minador de sus ojos, glaucos y, serenos, en
sus maneras de gran dama devota, en sus
vestidos raros, como ropas sacerdotales, en
las facciones, de su rostro clásico, como arran-
cado a una estatua de vestal;

alta, delgada, pálida, Valentina, la segun-
da, flébil, como un gran lis enfermo, pare-
cía una virgen de balada, una de esas muje-
res-flores, que Wagner imaginó en las Ba-
leares;

su tristeza habitual era imponente, como hecha de sueños perdidos, y de cosas imposibles; sus ojos verdes, de un encanto ossiánico, con luces turbadoras, se hacían oscuros, enclavados en el *bouquet* de violetas de sus ojeras profundas; y, se veía bien que el llanto y, el dolor visitaban con su rocío y, con sus visiones, las pupilas de esa virgen de cabellos blancos, cuya vida pasaba envuelta en una tristeza astral, en una atonía dolorosa, en la penumbra cálida de un sueño;

Dolores la menor, pequeña, vivaracha, *mignone*, delicada como un Saxe, conservando bajo el perfil ajado de su rostro, el calor de las rosas aun no muertas, y, en sus pupilas negras, árabes, un fulgor de pasiones, aun no extintas, era como la alegría dolorosa de una vida frustrada, la resignación al Destino, la santidad heroica, abriéndose sobre los labios en la flor de una sonrisa perpetua; así, vegetativas, piadosas, en el encanto místico de su pureza arcaica, con su palidez

de nardos secos, las tres vírgenes hacían pensar en pétalos de rosas olvidados en las hojas de un viejo Antifonario;

la nota alegre, bulliciosa, ardiente del movimiento y, de la vida, la dábamos los sobrios, cuando como una bandada de gorriónes que abaten el vuelo en una era, caíamos en la casa silenciosa;

aquella explosión de vida, aquel rayo de contento, entraban como un despertar de aurora en la calma archisevera de la mansión monacal;

la gravedad de Manuela, la tristeza de Valentina, se dulcificaban como por encanto, y, los ojos de Dolores lanzaban una extraña luz nostálgica, como de alegrías muertas, que quisieran vivir;

las sirvientas, también viejas, silenciosas, austeras y, devotas, tomaban aire de fiesta, y, la casa era territorio conquistado por la turba bulliciosa;

sólo permanecían cerrados a nosotros, el

gran salón, donde el Oidor titulado ostentaba sus gorgueras, y, el cuarto de Valentina, del cual, por la ventana entreabierta, sólo alcanzaba a verse, prendido al muro, envuelto en crespones, el retrato de un adolescente, bello, imberbe, de mirada despótica, vestido de riguroso uniforme militar; y, al pie, sobre una cómoda de nogal, en un vaso de porcelana azul, un gran ramo de nardos, apenas entreabiertos;

por lo demás, ni el oratorio, oloroso a incienso y, cera, lleno de flores frescas, y, de piadosas reliquias, escapaba a la rumorosa y, consentida invasión.

II

¡Ay, cómo fué enluteciéndose esa casa!

la muerte, fué despoblando lentamente el templo, y, las vestales cayendo sobre el Ara;

¡una a una, silenciosas, tristes, desaparecieron las vírgenes nostálgicas!..

yo, las vi, una en pos de otra abandonar la vieja casa, con su vestido nupcial, su manto albo, la corona en la frente, y, la palma en las manos cruzadas: *dormidas en el Señor*; como decía el viejo cura, deteniéndose para bendecirlas, en el portal esculpido, y, bajo el escudo roto;

Manuela, fué la primera que partió, en pocas horas, como si hubiese recibido una orden de marcha, conservando hasta el último instante la grave austeridad de su dominio indiscutible; virgen soberbia, muerta con su orgullo indomado, y, su quimera grandiosa;

Dolores, se fué luego, como un pájaro que se muere, como una sensitiva, como una flor; abandonó la vida que ignoraba; y, entre sus blancas tocas, bajo su nivea corona, y, las rosas que la cubrían, parecía un colibrí dormido bajo las hojas de un lirio;

¡Valentina quedó sola!

recluida, silenciosa, como atontada, semejante a una ave con el ala rota, se deslizaba fugitiva, temerosa, estupefacta, por los anchos corredores, por los salones vacíos de aquella casa desierta;

las sirvientas también se fueron... y, sola, con una sierva tan vieja como ella, esa virgen fantástica vagó como una extraña visión, en aquel hogar lleno de duelo, bajo la mirada dura del Marqués togado, y, el encanto fascinador del militar atrevido;

un domingo, día de recepción, porque era el santo de Valentina, todos invadimos la vieja casa sombría;

ella, la virgen superviviente, más anciana, más pálida, más lúgubre que nunca, en sus negras vestiduras de duelo, recibía en el gran salón, templo de la vanidad de su ilustre antecesor;

eran gentes de la familia, y, el cura de Santa Bárbara, los que formaban la reunión;

los muchachos jugábamos afuera, en horrible algarabía;

el cuarto de Valentina, ¡oh rareza! estaba abierto, y, entraban a él, vibrantes, los rayos de una euredadera loca, y, el rayo reverberante de un sol primaveral;

la turba infantil penetró en él;

inmaculado el lecho virginal, con sus blancos cortinajes; el reclinatorio al pie; la Dolorosa en retablo; el Cristo de marfil, que había recibido el beso último de todos los moribundos de esa casa; el rosario de oro y, granates a la cabecera de la cama: todo un poema de Piedad;

sobre la cómoda, los geranios olorosos, y, encima, el retrato del oficial adolescente, con su mirada despótica;

uno de los cajones de la cómoda estaba a medio abrir;

Julio, uno de los sobrinos, un zagalón de catorce años, bello como un Adonis y, travieso como un mono, fué hacia él y, lo

abrió del todo;

en el fondo, un uniforme militar se mostró a su vista;

¡qué hallazgo para él, que tenía la monomanía de las cosas guerreras!

en dos minutos estuvo disfrazado;

vistió los rojos pantalones, que irrum-pieron en polvo, a la presión de sus manos; ciñóse el dolmán azul, que en lado derecho, a la altura del corazón, tenía un agujero, y, adentro, en el reverso, una mancha de sangre coagulada;

se ladeó el kepis, con estilo picaresco, y, seguido de la turba, fué a asustar a Valentina;

ella conversaba con el cura, cuando Julio entró;

a la vista de aquel guerrero imberbe, bello y, sonriente, reconociendo aquel uniforme antiguo, creyéndose víctima de una alucinación, la pobre tía dió un grito ahogado y, con los brazos extendidos fué hacia Julio;

en la actitud de una tigre que da el zarpazo, puso sus manos, como garras, en los hombros del chicuelo, exhaló un gemido de bestia moribunda, deslizó sus dedos por los bordados del uniforme, acercó los labios al hueco negro, donde había algo congelado, y, lo cubrió con un beso inmenso, desolado, interminable...

y, rodó al suelo;

¡estaba muerta!





Romántico

I

En el calor fresco de la campiña undívaga,
la lluvia había cesado;
en veste de humedad, tremaba la arboleda;
el viento la besaba en una gran caricia,
llena de beatitud;
el campo sonreía al alto cielo pálido;
los pájaros cantaban, églogas de virtud;
la luna emergente semblaba en las nubes,

muy blancas, muy diáfanas, una anémona,
muriente; prisionera en un vaso de cristal;

el pueblo, con sus casas, agrupadas, en
torno del vetusto campanario, semejava un
rebaño dormido en torno de un viejo pastor;

las saudades del paisaje, eran llenas de
rumores, que la Noche, apaciguaba, lenta-
mente, lentamente, como madre cariñosa
duerme a un niño;

un viajero, cabalgando flaca mula, vadeó
el río;

fantasmales en esa hora, el jinete y, la
acémila, aparecían;

penetraron al poblado, por las calles gui-
jarrosas, que tenían un aspecto de negrura
indefinible;

solitarias, misteriosas, en opaca somnolen-
cia...

los aleros de las casas, hechos negros, se-
mejaban frontispicios de metal;

el viajero, era, una sombra, que en la som-
bra penetraba...

la posada, dormitaba, blanca y, muda, en la albura de sus muros y, la paz de sus jardines; una tumba mahometana, se diría;

caballero y, cabalgadura, entraron bajo el ancho soportal;

la figura alta y, ecuestre, esfumóse en las tinieblas;

un fantasma entre fantasmas...

era, el Maestro de la Escuela, que llegaba a su nueva residencia.

II

La llegada del Maestro, no despertó en el pueblo, grande emoción;

se esperaba ver llegar un joven profesor estilizado y, garrido, como los que por aquel entonces salían de las Escuelas Normales, iniciado en los nuevos métodos pedagógicos, hábil en gimnásticas, y, en *sports*, teñido de literaturas recientes, recitando versos senti-

mentales, y, con una letanía de pedagogos alemanes, en los labios;

y, se vió llegar un anciano, austero, alto, magro, de osatura y porte quijotesco, lleno de una gran distinción, y, con un aire de severidad, bastante a poner pavor, en el ánimo de los más audaces gandules;

los mozos alfeñicados, que esperaban un nuevo compañero de juergas, que con las crónicas libertinas de la Capital, les trajese el último modelo de corbatas, para imitar, hasta donde les fuese fácil, las unas y el otro, fueron delusos;

fuéronlo también las niñas casaderas, que esperaban el galán forastero, que prendado de sus encantos, pudiese tal vez sacarlas de sus limbos solteriles;

fuéronlo por ende, las madres, en perpetuo sueño de yernos por venir;

y, fuéronlo asimismo, los zagales turbulentos, que esperaban un Maestro joven, que cosas nuevas les enseñase, nuevas cosas les di-

jese, y, en nuevos ejercicios físicos los adiestrase;

el aspecto del Maestro, imponía terriblemente;

así lo declaró el cura, después de haber recibido su visita, en la cual de cosas muy sesudas hablaron, con poco contentamiento de éste, que a ellas, no era habituado;

confesólo así el Alcalde, hombre proveccto como él, después de haberle dado posesión de su destino;

don Fausto Castelo, se llamaba;

aquella gente ignoraba todo de Goethe, y de sus libros, y, por ello, no buscó analogías literarias, acaso no difíciles de hallar, entre el Maestro rural, y, el héroe del enorme poema gœteniano;

en la posada de doña Petronila, en la cual, habíase hospedado, sólo se habló de los libros innúmeros, que traía en cajas desvencijadas, y, de los instrumentos múltiples, que

debían ser de ingeniería, si de artes de magia,
no eran;

en la mesa, comía solo;

y solo andaba en la calle;

dentro o fuera de la casa, con nadie hacía
pláticas;

más que parco en hablar, parecía que ha-
cerlo le disgustaba;

el pavo mudo, lo apodaron, por su aire
majestuoso y su silencio profundo;

ni ese aspecto, ni ese silencio, hicieron re-
troceder al viejo cura, en su empeño de acer-
carse a él; no era persona que retrocediera
en un empeño semejante, este viejo fullero
y catacaldos, que no toleraba que de otro
fuesen los dominios de la comadrería en el
pueblo, ni nadie más adelante que él, pusiese
el pie, en los senderos de la maledicencia;

catar, en lo cual, era muy hábil, más que
catequizar, para lo cual le faltaban fuerzas
mentales, era el objeto de él, al acercarse
al Maestro;

catarlo en asuntos de Religión, porque por esos días, muy caldeado estaba el debate de la instrucción laica, y, la frase de: *Escuela sin Dios*, se zarandeaba en la boca de los curas, como una nuez en las mandíbulas de un mono;...

vana fué la misión del zampatortas, porque don Fausto, de una previsión y de un tacto exquisitos, rehuyó la celada, haciéndose de interpelado, interpelador, y, demostrando mayor deseo de instruirse, que de instruir...

el cura, aunque adocenado, no era lerdo, y, sacó la impresión, de que el Maestro, no era un espíritu piadoso, pero, no era tampoco un sectario agresivo, que pudiese ser peligroso en cosas de religión;

y, don Fausto, pudo darse a ejercer su magisterio, más entre la indiferencia que entre la aprobación públicas;

los niños, se serenaron pronto, perdiendo el terror, que el viejo venerable les infundía; lo hallaron amable y, aun tierno para con

ellos, y, lleno de una dulce severidad, que era casi, un celo paternal;

las madres, fueron felices, de ver, que el ogro, no devoraba sus criaturas;

una tregua se estableció entre el Maestro y el Pueblo;

y, la Escuela fué, como una Isla de Paz.

III

El pueblo estaba situado, en una alta meseta, en medio a un valle pródigo, bajo el beneficio de un cielo transparente, de un divino azul;

altos cerros le formaban hemicírculo protector, y, un río, pequeño, cristalino y rumoroso, le cantaba canciones vagabundas, al pasar por sus vegas y jardines;

los campos circunvecinos eran dehesas, y, verjeles, de una belleza idílica, semejante a paisajes de la Biblia;

por esos campos, se veía, ya vencida la tarde, y, cumplidas sus tareas escolares, vagar al viejo Maestro;

irreprochable el antiguo redingote, brillante más que por el paso de los años, por el uso inmoderado del cepillo;

todo vestido en negro; una amplia corbata de seda, dando dos vueltas alrededor del cuello altísimo, lo hacía semejar el retrato de un abogado francés de tiempos de Luis Felipe;

llevaba siempre, las manos cruzadas atrás, y, en una de ellas, el negro sombrero de anchas alas;

meditabundo y taciturno íbase el anciano solitario por campos y, veredas, cabe los solos umbríos, por las vegas fértiles, los senderos olorosos, y las riberas del río, hasta los parajes más remotos;

para quien supiera mirarlo, sin mirada de vulgaridad, bello era aquel anciano, bello, con la belleza de los seres y de las cosas inexorablemente heridas por la Fatalidad, be-

lleza de las cosas claudicantes, augustas en su decrepitud, belleza de cenotafio, de ruina y de crepúsculo, conmovedora belleza de todo lo que vive, en esa zona ilúcida vecina de la Muerte, y, sobre el corazón de la Muerte misma;

la frente amplia, una de esas frentes diademadas de melancolía, frentes austeras, en las cuales el hábito de altos pensamientos ha hecho surcos, como el rayo deja los suyos en las cimas que visita;

entre las cejas un pliegue que era como la sombra de una idea dominadora y perpetua, la cual hacía penumbras sobre el cristal de los ojos luminosos y, ensoñadores, ojos lagunares que se habrían dicho cándidos, sin la niebla de tristeza, que las lágrimas dejan flotando en los ojos que han sido como cauces predilectos de ellas;

la boca triste, una de esas bocas, que por haber descubierto la inanidad de las palabras, tienen ya muy pocas que decir, y, por

haberlo dicho todo, parecen haber hecho voto de Silencio; boca de pliegues amargos y, sin consuelo, como todas las bocas en que ha muerto el beso; ¡rosales ya sin flores, rosales de desolación!...

las largas melenas entrecanas peinadas hacia atrás, dejando ver a intervalos la limpidez del cráneo, pulido como el onix;

la tenacidad de la meditación, imprimía su sello de quietud augusta, al rostro cuidadosamente afeitado, en el cual todas las facciones, se dibujaban con pureza, y, las emociones eran como estereotipadas desde la lasitud elocuente de los labios hasta la tristeza heroica de los ojos;

las manos sensitivas, armoniosas, pálidas, como hechas de un marfil luminoso, manos impresionantes de belleza, aristocráticas, de movimientos graves y rítmicos, que parecían hacer luz cuando se movían, en gestos lentos que le eran habituales;

¿por qué era tan triste aquel anciano?...

¡tan triste y, tan solo!...

¿quién era ese hombre extraño, que parecía tan superior a su profesión, y, al medio humilde, en que ella lo condenaba a vivir?...

era un vencido;

Fausto Castelo, había nacido en la opulencia, había estudiado, había viajado, había sido casi célebre, como sabio; sus trabajos de matemáticas, le habían merecido menciones honrosas de corporaciones científicas; sus estudios sobre mecánica hidráulica, habían ayudado a desarrollar muchas empresas en ese país incipiente y primitivo;

en esos estudios y, en esas empresas, había puesto su vida y, su capital;

y, había fracasado;

se contaban de él, extrañas aventuras sentimentales;

dramas de corazón, habían ensombrecido su vida romántica y generosa;

había amado y, había sido traicionado;

los otros habían devorado su corazón;

de las cenizas de esos amores, ya no amaba nada, ni siquiera esas cenizas;

de todo ese pasado, sólo guardaba un recuerdo, que era una obsesión, una idea fija, que dominaba el resto de su vida, como una pasión enloquecida y tenaz...

era el residuo superviviente, de toda esa vida romántica, de Amor...

en sus tiempos felices, de elegancia, de cosmopolitismo y de renombre, había conocido y había amado mucho a una mujer;

era en un pueblo en cuyas cercanías, era él, director de una empresa para el desarrollo de fuerza hidráulica;

en la casa en que se hospedaba, había una joven apenas núbil, de belleza espléndida, a la cual amó apasionadamente;

el idilio, fué corto y, fecundo, porque la hizo madre;

imposibilitado para casarse, porque aun vivía su esposa, de la cual vivía separado, por un flagrante adulterio de ella, y, amenazado

de muerte por los hermanos de la víctima,
huyó del pueblo, dejando en él su corazón;
no pudo volver nunca;
la vida lo separó brutal y, definitivamente
de allí;

pocos meses después, supo, que ella se ha-
bía casado poco después de dar a luz, con
un labriego acomodado, y, habían abando-
nado el pueblo;

supo que el fruto de su amor había sido
una niña;

pero, no supo nada de la madre, ni de la
hija;

cuando enviudó, que tenía aún alguna for-
tuna, quiso averiguar por su hija para do-
tarla;

supo que había sido adoptada por su pa-
drastro, y, que no tenía necesidad de dinero,
pero no pudo averiguar dónde vivía;

aquella hija desconocida y, perdida para
él, fué el último de sus amores y, el último
de sus romanticismos;

se puso a amarla, ciega, apasionadamente,
sin verla nunca, sin encontrarla jamás;

esa obsesión, se hizo en él, una como forma
de locura del corazón;

en tanto la catástrofe material, llegó;

sus estudios, sus experiencias, sus manías
de sabio, dieron cuenta de su capital;

y, la ruina, lo sorprendió, ya en la vejez...

una ruina completa e irremediable;

la ruina de su fortuna y la de sus ensueños...

fué, la pobreza, primero, la miseria, después;

conoció el hambre, la ingratitud, el Olvido...

los sintió crecer en derredor suyo, como
las olas de un naufragio...

ni amigos, ni discípulos, se acordaban ya
de él;

es verdad, que sus libros servían aún de
textos, pero, se los habían robado...

sus amigos, lo culpaban de ser la causa de su propia ruina...

todos lo abandonaron;

fué un fracasado...

en esa hora de angustia, un antiguo discípulo suyo, llegado a un alto puesto ministerial, le proporcionó ese empleo de Maestro de Escuela, en aquel pueblo remoto, en que lo veían mal, porque era viejo y, grave y silencioso, y gustaba de pasear así, a solas con su dolor;

el Dolor, hace solitario;

y, don Fausto cultivaba su soledad;

daba sus clases, con una regularidad perfecta, y sus alumnos, avanzaban rápidamente;

el pueblo estaba satisfecho;

no amaba al Maestro, pero lo respetaba;

don Fausto, parecía no apereibirse de los sentimientos que inspiraba;

sólo ponía, ojos de ternura y de piedad, en los niños que educaba;

había entre ellos, un rapazuelo cercano a

los diez años, que respondía, al armonioso nombre de Lauro Botelli y, era el hijo de un rico mercante italiano hacía algunos años establecido en el pueblo;

este niño, suave y, afectuoso, atrajo la atención del viejo profesor, y, lo tomó en cariño; se puso a amarlo y, a atenderlo, como atraído hacia él, por una fuerza irresistible, que no sabía explicarse;

los padres del niño, muy agradecidos por las atenciones que el Maestro tenía por su hijo, lo invitaron a su casa;

el padre, era un italiano vulgar, un poco brutal, dado por igual a los negocios, y a la caza;

la madre era bella, de una belleza delicada, de una devoción extrema, y, dada mucho a cosas de religión;

fueron cordiales con el viejo Maestro, cuyo porte distinguido y cuya amena conversación los sedujeron;

ella de mayor cultura que su marido, fué

exquisita de atenciones para don Fausto, que alelado, no sabía explicarse qué sortilegio, ejercía aquella mujer, no sobre sus sentidos, sino sobre su corazón;

una bruma de reminiscencia se levantaba en su cerebro, como la niebla que se alza de una agua dormida;

y, pugnaba por cristalizarse en un recuerdo;

aquellas facciones tan delicadas, aquel cuerpo esbelto a pesar de la maternidad, cierta nativa distinción de maneras, evocaban en él, algo vago, algo remoto, que tenía al mismo tiempo, ansia y miedo de concretar;

¿de dónde era ella?

no era del pueblo;

había venido con su marido a establecerse allí, apenas recién casada...

—No vamos al pueblo—decía refiriéndose al suyo—desde la muerte de mi madre.

su pueblo... su madre... ¿cómo se llamaban?

con una inquietud creciente, don Fausto preguntó los nombres...

el del pueblo, era uno, que don Fausto, no había olvidado jamás...

al oírlo, algo se levantó del fondo de su corazón, como un vuelo de mariposas dormidas en un rosal, y, súbitamente despertadas por un soplo de huracán...

la inquietante visión de su pasado, se puso en pie, apareciendo ante él, con sus suaves y grandes gestos evocadores...

la madre... ¿cómo se llamaba la madre?

cuando el nombre le fué dicho, don Fausto, necesitó de todas sus fuerzas para no llorar, para no caer de rodillas, ante aquella resurrección de su pasado, ante aquel fantasma de ventura, perseguido siempre, y, que ahora tomaba formas vivas, en el mi'agro, de una súbita realización...

la verdad apareció desnuda a sus ojos... aquélla era su hija... la hija tan buscada, la hija tan amada, la hija tan deseada, en la soledad ardiente de su corazón;

poco a poco, con la piedad con que se exhü-

ma, el cuerpo de un sér amado, fué extrayendo la verdad, del corazón del recuerdo;

y, en visitas sucesivas, adquirió la absoluta certidumbre: aunque llevaba otro nombre, y, había sido adoptada por su padrastro, a quien ella creía su padre, esa mujer era su hija...

y, se puso a amarla silenciosa, ciega, apasionadamente, con todas las fuerzas de su corazón, que ahora florecía, en un tardío florecimiento de rosas crepusculares;

su soledad se rompió de súbito, como una nube, desgarrada por un rayo;

ya no estuvo solo; aquel amor le hacía compañía, inundando su vida, de una dulce y, suave claridad, que bastaba para matar la densidad de sus tinieblas...

es la desgracia de los corazones sentimentales, tener necesidad de arderse en la llama que debería iluminar su vida;

bendijo al Destino, que por los senderos del infortunio y del dolor, lo había traído

a las puertas de la felicidad, tan anhelada,
tan buscada, tan deseada;

y, con ternuras de viejo, esas ternuras, que
tienen la llama y la crepitación del último
sarmiento que arde en el hogar, se dedicó
a amar a aquella mujer y a aquel niño, con
la vehemencia natural a su temperamento y,
el frenético ardor de las últimas pasiones;

ya no vivió sino para ellos; y, hubiera que-
rido vivir siempre cerca de ellos;

las horas en que no los veía, le parecían
siglos;

se hizo asíduo de la casa, y, todas las tar-
des, podía vérselo, después que cerraba la
escuela, sentado en el corredor, al lado de
Paula, mientras ella bordaba, esperando el
regreso de su marido, y, el niño jugaba cerca,
bajo la mirada vigilante de los dos, y, el
crepúsculo caía lentamente, envolviéndolos en
su reflejo, como en una bendición;

y, el viejo sonreía a la vida, feliz con ese
girón de ventura, que caía sobre su anciani-

dad, como el último harapo que cubre el cuerpo de un mendigo...

lentamente, como un silbido de víperas bajo el matorral, un rumor se alzó del corazón del pueblo, y, fué circulando de boca en boca, como una avispa envenenada;

el Maestro, estaba enamorado de Paula...

y, el rumor tomó cuerpo, y, el rumor creció, y la calumnia, la atroz calumnia, alzó soberbia su cabeza de crótalo ponzoñoso...

ya no había otro remedio que cortársela;

el marido, a cuyos oídos llegó el rumor, aun no creyéndolo resolvió poner coto a las murmuraciones, y, suplicó a don Fausto, que cesara en sus visitas;

el pobre viejo, desconcertado, no daba crédito a sus oídos...

—¿Qué he hecho yo? preguntaba y, se preguntaba...

anonadado, bajo el peso de aquella resolución, ante esa soledad nueva y, más cruel, que todas las otras, se sintió tan infeliz como

un ciego abandonado en un camino, y, para consolarse, dió todas sus ternuras al niño, que aun continuaba en frecuentar la escuela;

pero ¿ella?

a ella, no la veía, y, eso, era para él, como no ver el sol;

rendido de pena, habló con el marido, que conmovido de aquel dolor tan sincero y que él sabía inocente, accedió a que el anciano visitara de nuevo la casa, pero sólo una vez en la semana;

a don Fausto, le pareció que el cielo se abría sobre su cabeza;

las puertas de aquella casa, abiertas de nuevo ante él, fueron como las puertas del Paraíso, abiertas ante los ojos de un creyente;

y, entró por ellas, rendido, humilde, feliz, como un niño a quien se perdona;

hombre de tacto y de una educación intachable, fué siempre de una corrección perfecta;

pero, el pueblo no se desarmaba; había

principiado por reir, tomando en burla lo que creía amores seniles del Maestro, y, comenzaba a indignarse ante lo que creía un mal ejemplo de éste, y, una complacencia culpable del marido;

esta vez, fué Paula, quien resolvió acabar con esas murmuraciones, que ponían en peligro su honor y, la paz de su hogar; y, notificó a don Fausto, la necesidad en que se veía de no volver a recibirlo;

el viejo vaciló sobre sus pies, como si hubiese recibido una puñalada en la sombra, al oír la notificación...

tuvo ímpetus de decirlo todo, de contarlo todo, de gritar a los oídos de su hija:

—Yo soy tu padre; yo soy tu padre...

pero... ¿quién le creería?

¿tenía el derecho de deshonorar a su hija, revelándole la deshonra de su madre, ante su esposo que la ignoraba, y deshonorar al mismo tiempo al niño, el cual tenía tanto derecho al Honor como a la Vida?

no... él, no haría eso;

lloraría, suplicaría, pediría de rodillas que no lo expulsasen, que no le robasen el sol, que no lo echasen de la ventura, así, ciego y vencido, como se arroja a la calle a un perro moribundo...

y, ebrio de ternura y de dolor, cayó de rodillas ante Paula, y, tomando una de sus manos, se la besó tiernamente;

en aquel momento, entró el marido;

al ver al viejo, en aquella actitud, ante su mujer, indignada, que lo rechazaba violentamente, no fué dueño de sí, y cayó sobre el anciano abofeteándole, arrastrándolo por los suelos, maltratándole infamemente, hasta ponerlo a puntapiés fuera de la casa, entre las risotadas del vecindario, que se había aglomerado en puertas y ventanas;

el anciano se retiró entre la befa y, el escarnio...

al día siguiente encontró la escuela vacía;
el escándalo la había despoblado;

no tuvo valor de partir, de irse, dejando allí, su corazón;

se dió entonces, a vagar de día y de noche, en torno de la casa de la cual, había sido arrojado, la casa inhospita'aria, la casa muda y hostil, cerrada para él, como una tumba que guardara vivo su corazón;

la policía lo alejó de allí, conminándolo con desterrarlo del pueblo, si rondaba en torno de la casa;

su dolor, no conmovía a nadie;

hacía reír a los unos, e indignaba a los otros;

los muchachos mismos, se encargaban de alejar a su antiguo maestro, con piedras y, silbidos, si lo veían rondar cerca a la casa;

entonces, vigiló de lejos;

un día, vió salir al niño;

lo llamó;

éste, vino;

lo acarició;

el niño se dejó acariciar;

lo invitó a paseo;
el niño accedió, porque amaba al viejo
Maestro;

salieron fuera del poblado;
se detuvieron cerca a un barranco, bajo
una fronda tupida, donde el viento rumoreaba
maravillosas músicas;

la naturaleza toda, era un poema de oro
y púrpura, que enardecía las ternuras del
viejo, eternamente soñador y romántico;

sentó al niño en el barranco, se puso de
rodillas ante él, y, lo abrazó, lo besó, pu-
ramente, largamente, paternalmente...

gentes que lo habían seguido de lejos, hi-
cieron irrupción, cerca de él, gritándole:—
Viejo infame, viejo sátiro, viejo inmundo;

y, le quitaron el niño, que según ellos, iba
a violar...

no pudiendo deshonar a la madre, quería
mancillar al hijo...—decían...

y se arrojaron sobre él, y, lo golpearon,
y, lo llevaron en escarnio hasta el pueblo,

gritando detrás de él, dándole golpes y abrumándolo de insultos;

lo encerraron en la cárcel;

allí estuvo dos días;

nadie tuvo piedad de él;

nadie le llevó un bocado de pan, ni una gota de agua;

durmió sobre el suelo, sin otra almohada que su dolor;

lo sacaron al fin, para echarlo del pueblo, sin dejarle tomar sus ropas ni sus libros, ni sus papeles;

lo echaron a la llegada de la noche fría, sin dejarle detenerse a comprar un pedazo de pan;

el vecindario hostil coreó su salida con rechiflas, desde puertas y, ventanas;

una multitud alevosa y agresiva, lo seguía vociferando contra él;

—Viejo sátiro, viejo degenerado, viejo corrompido,—le gritaban;

él, se detuvo, intentando explicarse, defenderse;

entonces lo lapidaron; una nube de piedras cayó sobre él;

una de ellas, lo hirió tan rudamente, que cayó al suelo bañado en sangre, el cráneo roto en dos;

al verlo en tierra la turba se retiró, fatigada de su cobardía;

el viejo quedó desmayado, exánime..

la noche vino...

el aire frío, reanimó al anciano;

se puso penosamente en pie..

ensayó caminar, tambaleándose, las manos tendidas hacia adelante, como para expulsar las tinieblas que caían sobre él;

llegado a tientas hasta la cima de un montículo que dominaba el pueblo, se detuvo, para contemplar aquel lugar donde quedaba su corazón;

pero, ya no veía..

—¡Mi hija! ¡mi hija!—quiso gritar;

su voz, era un estertor...

se sintió desvanecer...

llevó las manos a su cabeza, y cayó de espaldas;

el cielo, se nubló en sus ojos, los ruidos de la tierra se apagaron en sus oídos, las últimas gotas de sangre, se escaparon de su cráneo roto...

quedó inmóvil abiertos los ojos y la boca, como llamando a la Justicia, mirando el cielo ornado de estrellas, como el seno de una meretriz, ornado de diamantes...

y, murió...

solo, como había vivido...

solo, como debía morir.





Libertino

A fuera ruge el viento haciendo chirriar las veletas de los templos, doblegarse gimiendo a los árboles rebeldes, arrullando con su ruido el sueño de los felices en su lecho de plumas, y, haciendo tiritar a los tristes en su lecho de harapos;

adentro, atmósfera distinta; nido de amores voluptuosos; en torno de la mesa rostros risueños;

la luz haciendo visos de ópalo y, nácar en las dispersas vajiilas; las flores como marchitándose en los grandes jarrones en aquella atmósfera en que todo era fuego, la luz y, las pupilas, la sangre, y, el deseo; el champaña desbordándose de los vasos, y, el beso ardiente de los rojos labios; los senos de las hembras casi descubiertos, nidos de amor esperando ósculos viajeros, que vengan a posar allí; música de risas, desmayado centelleo de pupilas, inquietud de manos amorosas;

cualquiera habría dicho, oyendo aquel susurro; grupo de dioses antiguos en el follaje de un bosque;

no era cuadro de pastores y, zagales; Fray Luis de León, no lo habría cantado;

amor batía sus alas, y, retozaba allí, pero sobre el seno de Venus;

¿la Belleza? ¡oh sí! el perfil de Lucrecia, y, el seno de Mesalina;

azules mariposas del pantano, azucenas dobladas en el lodo; el polvo de oro caído de

las alas embellece el agua fangosa; el perfume de cálices abiertos llena de aromas el aura mefítica;

bella es la rubia aquella, blanca como la nieve de los Alpes; su cabellera de gualda semeja corrientes de oro en polvo sobre cauces de mármol; la pupila azul, firmamento de pasión; el seno, mar en tormenta; reclinada en los brazos de su amigo, que viste de frac, semeja, sobre aquel fondo, estatua de ángel en pedestal de mármol negro; susurro tenue forma su voz de pasión languideciente, y, se la ve estremecerse con los besos como un junco del lago al contacto de la ola;

color de noche el cabello, y, color de alba la frente, así es aquella otra; sus pupilas se dirían diamantes negros, tanto así oscuros y, brillantes son; largas pestañas velan las pupilas en cuyo fondo juegan las tormentas; lánguidas como una virgen de la Biblia, esbelta como palma en la llanura, tiene de los fulgores de Sevilla, y, de los

montes tristes de Circasia; belleza hecha para un serrallo, todo en ella es pasión, toda ella es fuego; entornados los párpados, entreabiertos los labios, tiembla de voluptuosidad en los brazos del mancebo, como corza en brazos del cazador que la ha quitado a la jauría; con cuánta pasión le enlaza el brazo al cuello, y, buscando bajo el naciente bozo el labio ardiente, se prende a él, como un niño hambriento al pezón de la madre, como una abeja al entreabierto cáliz de una flor; ondulaciones de tormenta tiene el pecho que se agita como vela hinchada por la brisa y, hace temblar en él, la inquieta mano de su amigo;

sedienta cierva que llega jadeante a la fuente, en el árido arenal y, se sacia en ella;

aquella tercera también es hermosa;

nube de cólera nubla su faz de estatua griega;

el hastío está, cerca de ella; el hombre

que esa noche le ha tocado de compañero,
ni es joven, ni la besa con pasión;

el amor de los hombres de edad, tiene el
frío del crepúsculo en una tarde otoñal;

los besos de aquel hombre pasaban sobre
aquella frente como una ráfaga de aire, so-
bre la cabeza de una estatua; sus manos
habían tocado las formas de la diosa, con
un placer de artista, no con una pasión de
hombre;

el hombre callado meditaba;

los dos grupos frente a él, le robaban la
atención;

los de aquel sofá azul parecían un nido
de palomas en la superficie de una ola;

los otros, en un confidente rojo, parecían
como hundiéndose en una de esas nubes in-
cendiadas que forma el sol poniente, como
durmiéndose en un nido hecho de plumas
de garzas rojas, de las orillas del Orinoco;

la mujer que había allí, lo tenía fascinado;
entornadas las pupilas, la contemplaba como

en un sueño; él, la había visto en alguna parte;

¿dónde?

el recuerdo estaba envuelto en espesa sombra, tenía vaguedades y, tristezas de horizontes lejanos;

no había duda, él había tenido aquella mujer entre sus brazos, aquellos ojos lo habían mirado así, tan cerca como miraban hoy a ese mancebo; la contemplaba entonces como un marino a un objeto, sobre una playa remota;

el recuerdo la iba desnudando poco a poco; arrancaba flores de su cabeza, joyas de su cuello, sedas y, encajes de su cuerpo; la impudicia no la ofrecía desnuda; trocóle la memoria aquel traje, por uno de aldeana sencillísimo;

vióla entonces en el atrio de una iglesia, al salir de misa, con ojos azorados, mirando la multitud; paisajes de campo alzaron entonces sus horizontes en la mente;

allá, el llano cubierto de dehesas, la senda tortuosa que conduce a la colina, el bosquecillo de sauces, y, en él, como escondida la pajiza choza;

la aldeana de los grandes ojos estaba allí; ¡luego aquella tarde! tintes anaranjados en el cielo; la sombra avanzando sobre la llanura verde como una ola perezosa; la quietud de la Naturaleza; la calma de la tarde, el silencio del campo;

la blanca vaca marchando adelante; el ternerillo juguetón saltando luego; el anciano perro, fiel compañero de la niña;

y, ella triscando alegremente con un ramo de albahacas en la mano;

luego, el sonrojo de ella, en el súbito encuentro, el silencio que guardó, el miedo que expresaron sus pupilas, la ansiedad de naufrago con que veía la casa tan lejana, el miedo con que entró en el monte para atravesarlo...

después, la obscuridad de aquel follaje, la

tarde huyendo, los tintes negros sobre el cielo, aquel follaje umbrío, aquel lecho de grama, la resistencia desesperada, el grito de angustia, y, aquellos ojos indignados y, llorosos que tan de cerca lo miraban...

—Rosa, Rosa, exclamó el hombre como si despertara;

—¿Qué me queréis? dijo la joven del sofá, dejando su red de brazos, y, yendo a él;

—¿Os llamáis Rosa?

—Como mi madre, y, la pecadora bajó los ojos comprendiendo la profanación de ese nombre allí;

de los labios del hombre se escapó el nombre de un pueblo; la joven lo repitió diciendo: ése es el mío;

—¡Veinte y dos años! dijo el hombre como si soñara;

—Los que tengo, repitió ella;

nada más pudo decir, porque su compañero la arrebatava de nuevo;

y, volvió el poema interrumpido;

sintió el hombre, el ruido de los besos,
como golpes en las sienes;

y, vió que las aves abandonaban el nido,
y, se perdían tras las cortinas del vecino aposento, y, el murmullo de sus voces, como las luces se apagaba...

le pareció que una voz le decía;

—¡Tu hija! ¡tu hija! la profanan.

—Respetadla, quiso gritar;

—¿Respetaste a la madre? le gritaba una extraña voz.

entonces miró en su torno; la mujer que había estado a su lado dormía;

los del nido azul no estaban allí;

inmóvil estaba a la puerta de los del nido rojo;

alzó la mano como para herir la puerta y, pedir venganza;

le pareció que el eco de una carcajada sonaba allí;

bajó el brazo y, la cabeza, y se alejó tristemente;

descendió la escalera y, salió a la calle;
el hombre calvo parecía un fantasma;
la lluvia había cesado; el viento gemía aún
como llorando su ausencia;

parecióle que algo negro caminaba delante
de él, arrastrándose por el suelo;

se detuvo; la sombra también;

anduvo él; anduvo ella;

la examinó temblando;

tenía los brazos negros y, era una cruz;

flores del campo, todas blancas, cubrían
los pies del madero;

un nombre bruscamente grabado había allí:

Rosa;

llevóse el libertino la mano a la frente y,
dobló la rodilla;

cuando volvió en sí, había amanecido;

asomaba el sol en el cielo, cantaban las
aves, sonreía el mundo, y, había en torno
suyo un como inmenso rumor de epitalamio.





Inolvidable

I

Era de verlos, cuando en esas tardes de los largos crepúsculos y, de los bellos celajes, recorrían la playa, hablando de su amor, y, soñando con la dicha;

la caricia infinita de los vientos del Océano; el hálito abrasado de la playa; la calma triste de la inmensidad marina; la extraña coloración rosa y, gris de las olas; el ruido extraño de la soledad nocturna; la vela de los barcos pescadores dibujándose en el pálido hori-

zonte, como el ala de una gaviota fugitiva, toda aquella ola ardiente, embalsamada, pasando sobre sus cabezas, como hálito embriagador para dormirlos, bajo el ala rumorosa del ensueño;

aquella tarde habían doblado la punta agreste, que al extremo de la playa limita la bahía, habían subido sobre el alto peñón, a cuyo pie, encrespadas y, bravías se parten las olas, y, habían descendido hacia el mar, deteniéndose fatigados sobre la roca húmeda, como un par de aves cansadas, pliegan las alas al llegar la noche;

el pueblo quedaba atrás oculto por el peñasco; la estación balnearia empezaba a hundirse en la sombra; algunos nadadores se veían aún confusamente entre las olas; en la playa hormigueaban los paseantes, y, la extensa fila de coches en los cuales indolentemente reclinadas las mujeres con sus ligeros trajes de verano, y, sus sombrillas multicolores, parecían inmensas flores flotantes, que

envolvían en el polvo que levantaban los carruajes, la niebla que se alzaba del mar, y, la sombra que bajaba de los cielos; allá lejos, veíanse las iluminaciones del *Casino*; sobre la punta bravía brillaba el faro, y, en el cielo de un azul triste comenzaban a asomarse las estrellas;

Lulú, como la llamaban su madre, y, sus parientes, reclinada en la roca, apoyando en la mano su mejilla miraba el mar;

salpicábanla las espumas, arrullábanla las olas, y, pasaban sobre ella las aves fugitivas que iban llegando a la ribera;

su amante, casi a sus pies la contemplaba en silencio, inmóvil, como detenido por una fuerza oculta, la cabeza descubierta, mudo, cual si temiese despertarla; había en sus ojos sombríos resplandores de religiosa ternura, y, con la fijeza del éxtasis la contemplaba, envolviéndose en la dulzura infinita, en no sé qué vaga melancolía que respiraba

~~~~~

aquel sér querido: la diosa estaba inmóvil, y,  
el creyente de rodillas;

aquella niña adorada, tan sonriente, tan  
alegre, que ostentaba tan fresca, sus diez y  
seis años, y, respiraba la alegría de vivir,  
doblabá su blonda cabeza, y, permanecía in-  
móvil, con sus pupilas fijas en las olas, cual  
si estuviese hundida en las lejanas lontananzas  
de su sueño melancólico;

nunca, la había visto así;

un año hacía que llegando él, de países  
muy remotos, y, ella de su ciudad natal,  
se habían hallado en una estación balnearia,  
se habían tratado, y, se habían amado;

él, había seguido su viaje acompañado de  
aquel recuerdo querido, y, con el dulce dogal  
de una promesa;

había venido luego a verla en su gótica y,  
nebulosa ciudad a orillas del Rhin, y, aquel  
verano se habían reunido en esa playa de  
mar, donde acudían las familias huyendo del  
cólera que azotaba las grandes ciudades, y,

---

buscando las brisas del océano para los grandes calores;

allí la había visto como siempre, gozosa, riente, tranquila, mariposa de luz que revoloteaba a su vista agitando sus alas de oro;

y, aquella tarde estaba triste, meditabunda, seria;

¿en qué pensaba el pequeño ángel querido, con su cabeza inclinada, y, su mirada así, como perdida en la sombra?

había en sus ojos la tristeza desmesurada de un sueño desvanecido, la nostalgia de un paraíso abandonado; el asombro de una visión;

—Lulú, Lulú, ¿en qué piensas? dijo él tristemente;

la joven pareció volver de su sueño; sacudió la cabeza, lo miró como agradecida por haberla despertado, un rayo de placer iluminó su faz al verlo allí, pero volviendo a ensombrecerse su semblante respondió:

—Pensaba en ti.

—¡Ah! ¿por eso estabas triste?

—No, es que soñaba cosas horribles.

—¿Cuáles?

—No, no puedo decírtelas.

—Dímelas, yida mía.

—No, aquí no, me da miedo.

—Cuéntame.

—No, vamos a casa.

sacudió su blonda cabellera, se apoyó en

la mano de su amigo, y, se puso de pie;

caminaron silenciosos en la sombra;

descendía el sol, y, avanzaba la noche;

había pálidos luminare en el cielo, y, sombras en el monte;

inclinada sobre el hombro de su amante,

dejando atrás la roca agreste, las olas rugi-

doras, recibiendo el beso caliginoso de la

noche, marchó pensativa, dialogando con su

sueño en el seno de las tinieblas pálidas...



## II

Concluía el otoño, soplaban vientos del Norte, y, caían las primeras nieves;

el crepúsculo anticipado, y, el cielo plomizo hacían negro el mar que se estrellaba con gemidos lúgubres, y, se agitaba murmurando su himno eterno, sin cadencias y, sin ritmo;

desierto el poblado... no había luces en la ribera, ni paseantes en la playa;

doblábanse los árboles bajo el ala húmeda de un viento tempestuoso, ni una vela cortaba la monotonía del horizonte pálido, rumores siniestros poblaban el espacio; estremecíanse los líquenes sobre las desnudas rocas, y, pájaros marinos de forma extraña revoloteaban buscando sus nidares en la peña;

el paseante solitario, cuya alta silueta, pro-

---

longada por el sol poniente se había proyectado en la desierta cumbre, descendía hacia el mar;

llegando a la orilla, donde ya las espumas le mojaban las plantas; allí cerca aquel mar alborotado, bajo aquel cielo plomizo, sobre aquella negra roca meditó...

¿dónde estaba ella, la compañera de sus paseos solitarios, la que con él, había estado allí, la que le había prometido no abandonarlo nunca?

la niña sonriente y, parlera, la de la cabellera blonda, y, los ojos azules, ¿dónde estaba? había partido;

después de aquella tarde del ensueño, sobre esa misma roca ¿qué había pasado?

él mismo, no acertaba a darse cuenta, los trágicos acontecimientos revoloteaban en su cerebro;

el funesto azote había llegado;

el cólera, el cólera, oía decir por todas partes;

---

el himno de su amor apagaba en sus oídos  
el fúnebre *crescendo*;

los bañistas emigraban, las casas queda-  
ban solitarias, la muerte había llegado;

era necesario partir, y partir por ella;

era la víspera del viaje, estaba aquella no-  
che tan encantadora, tan sonriente, tan tierna,  
que le había costado más pena que nunca,  
abandonarla para irse al hotel;

al salir a la calle había sentido frío, luego  
un malestar extraño, y, luego espantosos do-  
lores;

quiso recogerse tranquilo, le fué imposible;  
entonces llamó;

cuando los criados llegaron, él, lívido, con-  
traído, se agitaba en el lecho;

—¡El cólera!... ¡El cólera!... así gritaron  
todos, y, quedó solo;

¿cuánto estuvo así? no lo sabía;

luego había tenido como una visión divina;  
las puertas de su habitación se habían abierto,  
y, Lulú, destrenzado el cabello, llenos de lá-

---

grimas los ojos, blanco el traje, y, rojas las zapatillas, había avanzado a su lecho, le había tomado la cabeza en las manos, se había establecido a la cabecera de su cama;

¿cuánto duró esto? lo ignoraba;

cuando volvió en sí, rostros de convalecientes en torno suyo, un médico anciano a la cabecera de su lecho, y, un ardoroso rayo de sol, penetrando a través de los cristales: estaba salvo;

preguntó por ella; todas las familias habían abandonado la población; y, ¿ella? ella también;

cuando salió a la calle y, bajo un sol ardiente y, una brisa marina, atravesó aquellas calles desiertas, y, se dirigió a aquella que era el nido vacío de sus amores;

había allí, el silencio de muerte que se extendía por todo el pueblo; los árboles descuidados, las flores mustias, las puertas cerradas;

vagó en torno al hogar desierto, recordando

los lugares queridos y, lleno de tristeza se apartaba ya, pensando en el sér que lo lloraba acaso allá en su nebulosa y, gótica ciudad, cuando tropezó con un anciano que cuidaba el jardín;

—¿Desde cuándo está vacía esta casa?

—Desde el principio del cólera.

—¿Y, a dónde se fueron sus habitantes?

—La señora se fué a C...

—¿Sola?

—Sí, tenía una niña, pero quedó aquí;

—¿Cómo?...

—Sí, señor; ella, tenía un novio a quien le dió el cólera la víspera de irse juntos; se rebeló a marchar sin él, y, burlando la vigilancia de la madre, huyó a su lado, y se puso a cuidarlo; allí fué atacada por la enfermedad, y, murió a las pocas horas...

y, extendiendo la mano, dijo:

—Está enterrada allí, y mostró el lugar del cementerio del pueblo;

—Yo mismo, la enterré; está a la sombra

del muro, bajo una enredadera cerca a un rosal, cuyas flores empiezan a morirse con la nieve..

. . . . .

ni una estrella en el cielo, ni una luz en la playa, cuando el sobreviviente de aquel trágico amor se puso en pie; solitario y, pálido ascendió por el sendero y, se perdió entre las rocas;

el cielo era gris, caía el agua borrascosa, bajo las pálidas brumas, el faro daba lívidas claridades, soplabla el viento, y, se estrellaba el mar contra la roca negra.

### III

Al día siguiente, al levantarse el sol entre los cantos de los pájaros, y, el murmullo de las olas, lo hallaron con las manos crispadas, y, la frente en el polvo, en el cementerio, allá a la sombra del muro, bajo una enre-



dadera, cerca a un rosal de flores entreabiertas que empezaban a morirse con la nieve..

. . . . .  
Tres años después, en el hotel de una gran ciudad;

—No tomemos ese tren.

—¿Por qué?

—Porque se detiene en B..

—¿Y, qué?

—Allá fué la historia de Lulú.

la esposa hace un mohín de celos retrospectivos, el esposo le ciñe el talle con el brazo, le da un beso en los labios, y, le dice muy paso:

—No seas tonta; si yo, no he amado sino a ti...







## Bajo los árboles

### I

El idilio comenzó como todos los idilios  
campestres: a la sombra de los árboles;

era un día, en que la niña cantaba gol-  
peando la ropa en el lavadero, a la sombra  
del viejo sauz, no lejos de la casa, cuando  
llegaron saltando y, gritando los muchachos  
de la escuela, en confusa turbamulta;

como una cierva sorprendida se refugió  
en el ramaje, viendo con ojos asombrados  
la turbulenta tropa, que de piedra en pie-

---

dra saltaba el arroyo buscando hacia arriba un lugar aparente para el baño;

cuando creyó que todos habían pasado, salió de entre el monte;

sobre la piedra más alta, en mitad del río, como un cachorro de león que buscara las huellas de sus compañeros, un muchacho de los más grandes de la escuela trataba de orientarse buscando por donde habían tomado los otros;

al sentir ruido en la orilla, volvió su cabeza altiva, y, su mirada atrevida se clavó en la niña; la lavandera avergonzada bajó los ojos;

preguntó el mozo por dónde habían seguido los otros, ella apenas acertó a extender su mano señalando con el dedo el punto deseado;

un momento la contempló el mancebo, después, dando un salto de gato montés, ganó la ribera opuesta, y, mientras su sombra se perdía en los recodos del monte, la niña como

---

alelada miraba con sus grandes y, tiernos ojos, el punto de la visión desvanecida;

después, dobló la cabeza y, siguió cantando, triste, muy triste, mientras a lo lejos se escuchaban los gritos de los muchachos, mezclados a los estrépitos del torrente y, a los vagos ruidos del campo, traídos por la brisa estival que acariciaba los inmensos trigales, y, jugueteaba en los árboles de la orilla...

## II

Cuando pocos días después, su madre le anunció que iba a llevarla al pueblo, donde entraría como sirvienta a casa de las señoras L..., la niña tuvo un estremecimiento de alegría, y, sin saber por qué le pasó por la mente la imagen de aquel muchacho, que había visto allá sobre la piedra del río, entre las reverberaciones del sol, mientras se escuchaba lejos el estrépito del torrente, los

vagos ruidos del campo, traídos por la brisa estival, que acariciaba los inmensos trigales, y, murmuraba en los árboles de la orilla...

### III

El idilio comenzado a la orilla del río, continuó a la sombra de los paternos muros;  
¿la amaba él?

eso no lo averiguaba ella; le bastaba amarlo; era su amo, su señor, y, ella lo había hecho su ídolo; su amor sencillo y, salvaje; toda su vida concentrada en esa pasión, en esos besos dados a hurtadillas; en ese amor sin palabras y, sin ruidos, en esas citas en la huerta, bajo los naranjos florecidos, y, los malabares entreabiertos;

verlo, desde la mañana hasta la noche, servirle sumisa y, silenciosa, temblar ante aquel adolescente tumultuoso e indómito, sufrir con sus dolores y, gozar con sus alegrías, llorar



---

en silencio cuando era castigado, admirar su esbeltez que ella encontraba ideal, y, dormirse en la noche, húmedos todavía los labios, por el último beso dado bajo los ramajes en flor, y, los malabares entreabiertos: he ahí su vida.

#### IV.

Aquel día en que se nubló su idilio, despertó su alma al dolor;

cuando el día de la partida, aquella mañana sombría, vió listos los caballos en que debía irse lejos, muy lejos, para una ciudad muy grande, y, lo vió húmedo de lágrimas maternas entre gritos desgarradores abandonar la casa querida, la pobre niña pegada contra el muro, quieta como una estatua, con los ojos desmesuradamente abiertos, lo miró alejarse, y, lo siguió con la vista hasta verlo perderse tras la última loma que doraba el sol de una mañana espléndida;

cuando volvió en sí, sólo vió sombras en torno;

su amor desesperado y, salvaje se tornó en melancolía, y, vivía escuchando las noticias que de la ciudad lejana llegaban, y, escapándose para ir a la loma cercana, tras de la cual lo había visto desaparecer, y, allí soñando con su idilio doloroso, mirar y, mirar al camino, hasta ver obscurecerse el cielo, enrojecerse el horizonte, y, aparecer tras los lejanos cerros la misteriosa estrella de la tarde.

## V.

Volvió él, hecho ya un joven de veinte años, y, ella que sin apercibirse se había hecho hermosa como esas flores que se abren al calor de los trópicos, se estremeció ante la mirada llena de deseos que inspiraba su belleza, al ídolo de su alma;

y, continuó el idilio, y, se amaron como

---

antes, en las noches plácidas, en el misterio de la huerta, a la sombra de los naranjos en flor, y, los malabares entreabiertos;

idilio doloroso para ella;

besos recogidos en otros labios, noches pasadas en otros brazos, amores de cortesanas, viento de las grandes ciudades habían corrompido el corazón del mancebo; y, ella no era para él, sino un instrumento de placer, un juguete que se arroja al suelo, y, se pisotea un día de enfado;

activo, indiferente, sensual, nuevos placeres lo apartaban de ella diariamente, y, la infeliz se consumía en silencio, conformándose con una palabra, una mirada o una ordenada con sequedad; viéndolo y, oyéndolo olvidaba sus dolores;

en las noches en que permanecía en la calle hasta altas horas, ella rezando en su lecho, esperaba oírlo entrar, prestando oído atento a los ruidos de fuera, y, estremecida de zozobra; cuando ya había entrado, se dor-

mía soñando con besos que ya no venían a acariciar sus labios, y, brazos que ya no ceñían su talle;

otras noches, mientras él, dormía, ella paso, muy paso, se acercaba a la puerta y, gozaba oyéndole respirar: como en éxtasis permanecía allí, echada en la puerta con la fidelidad de un perro que guarda el sueño de su señor;

cuando un día, él, la llamó y, le confió un secreto, solicitando su ayuda, la pobre sugestionada no pudo negarse y, el heroísmo de su amor lo hizo todo;

ella llevó las cartas a la hermosa niña, ella traía las respuestas, y, trémula murmuraba ante uno y, otra, las palabras murmuque eran otros tantos puñales que se clavaba en el corazón, y, fué ella quien hurtó la llave de la puerta de campo, para que él, pudiera salir a caer en otros brazos;

¡cuántas noches tiritando de frío, recostada en un banco del jardín, lo esperaba,

sollozando de desesperación al considerarlo reclinado en el seno de otra mujer!

en espera de una mirada, de una caricia furtiva, allí permanecía, esperándolo para abrirle, y, cuando entraba y, veía perderse su figura querida tras los árboles, la pobre soñadora se sentaba en el banco, miraba al cielo estrellado y, permanecía como en un éxtasis, hasta que una vaga claridad anunciaba el día, el viento de la mañana la envolvía en oleadas de perfumes arrancados a las azucenas y, lirios del jardín, otro tiempo testigo de su amor, y, cantaban los pájaros el himno de la mañana en las ramas de mirtos florecidas.

## VI

La segunda ausencia le fué imposible soportarla;

la soledad del alma la mataba, y, un día desapareció de la casa y, del pueblo; iba a buscar al bien amado;...

en las inmediaciones de la gran ciudad halló tropas, que en una y, otra dirección cruzaban el camino, y, pasó medrosa entre las chanzonetas de los soldados, y, las miradas atrevidas de los jefes;

llegada a la capital, sola y, sin conocer a nadie, se acordó de un antiguo notario de su pueblo, que vivía allí, y, después de mil indagaciones, logró hallarlo;

por él, supo que el país estaba en guerra, y, que el joven estudiante se había enrolado, como muchos otros, en un batallón que había salido la víspera para la guerra;

¿qué podía detenerla en la ciudad?  
nada;

embargada por su único pensamiento, ensimismada en él, no tenía más que una sola idea, fija, tenaz: llegar a él, volver a gozar una vez más siquiera de sus besos, y, sus caricias, y, morir después;

así abstraída y, silenciosa, como una visionaria que caminase con la vista fija en un



---

punto luminoso, emprendió de nuevo su camino y, llegó extenuada y, reañida, al segundo día, al pueblo donde se había detenido el batallón;

tocaban las cornetas toque de marcha, y, estaban las tropas formadas en la plaza; el corazón de la joven latió con violencia, no lo había visto, pero lo había sentido;

apartando los grupos de gentes que curiosaban mirando la tropa, llegó al centro de la plaza; allí estaba él, jinete en brioso caballo, hermoso con su blusa militar, y, su ademán atrevido;

la joven como fascinada, con las manos tendidas cual si caminase en la sombra al encuentro de una visión, llegó hasta el pie del caballo; el jinete volvió a mirarla;

—¡Marta! exclamó él;

un torrente de lágrimas inundó el rostro de la joven;

—¿Qué vienes a hacer?

—Vengo a verlo.

—¿De dónde vienes?

—De nuestro pueblo.

—¿A dónde vas?

—A donde vaya usted.

todo estaba dicho;

desde entonces la joven siguió al batallón a dondequiera, en pos de las huellas del sér querido, siendo para él, amparo y, providencia, y, se enroló en ese grupo de mujeres abnegadas y, valientes que siguen a los ejércitos y, van con ellos a la campaña y, al combate, y, son la alegría del soldado, el consuelo del herido, y, a veces las únicas sepultureras de muertos queridos, los únicos labios que rezan, los únicos ojos que lloran, las únicas almas compasivas que velan a la orilla de tumbas recién abiertas, de aquellas tumbas melancólicas y, solas;

en las grandes jornadas por las montañas abruptas, en las travesías por las llanuras áridas, siempre ella estaba allí, lista con el alimento conseguido con inmenso trabajo, y,

---

con la bebida fresca cuidadosamente preparada;

era feliz...

cuando la luna caía sobre el campamento retratando las blancas tiendas de campaña que semejaban gigantescos copos de nieve, y, en la noche silente sólo se oía el ¡quién vive! de los centinelas, era dichosa sintiéndolo reclinado sobre su corazón, besándolo callada o conversando del pueblo y, de los seres queridos hasta dormirse soñando con aquellas noches perfumadas, aquellas citas primeras en el silencio de la paterna huerta, a la sombra de los naranjos florecidos y, de los mabares entreabiertos...

## VII

Tras una noche de escaramuzas y, de alarmas amaneció el día de la batalla;

las tiendas de campaña se recogieron como nubes al soplo del viento, formárouse los batallones y, comenzó el combate;

allá lejos, veíase la proyección de las trincheras enemigas, que bajando del cerro, venían a formar un triángulo negro, sobre la llanura verde;

las tropas empezaron a coronar la altura, en tanto que las otras avanzaban de frente, o se internaban hacia la izquierda, por el bosque obscuro;

al batallón que seguía Marta, le tocó internarse en la arboleda hasta llegar a poca distancia de las trincheras enemigas; sorprendido en su camino se rompió el fuego por aquel lado, y, se generalizó el combate;

una inmensa capa de humo envolvía toda la llanura; el ruido monótono de las ametralladoras, la fusilería continua, el estampido del cañón, formaban un solo asordador estallido;

Marta marchaba pie a pie, al lado de su amante;

como viento de tempestad que talara la selva caían pedazos de monte a fuerza de

---

cañón, volaban las astillas de los árboles llevadas por las balas; caían los soldados en montón; pasaba el General en jefe, como una visión fatídica, con el corneta en ancas de su caballo, tocando *¡a la carga!...* y, ella no contemplaba más que las facciones del sér querido, transfigurado por el coraje, como un león a vista del desierto, la mirada centelleante, las fauces temblorosas, desenvainada la espada, con el sombrero atravesado por las balas, gritando con voz asordadora *¡adelante! ¡adelante!*

a ella le parecía que escuchaba un himno; nunca lo había visto tan bello; lo seguía como en un éxtasis; envuelto en aquel cuadro de llamas le parecía admirable; el combate había desaparecido a los ojos de la joven; no había más que él, como un arcángel indignado entre esa nube de fuego;

por dos veces, fué rechazada la compañía que mandaba él, y, por dos veces la volvió

a mandar sobre el reducto, caminando a su cabeza;...

. . . . .  
habían salido del montículo, el enemigo había cesado el fuego, no se veía;

allá al frente, como a diez metros, había algo negro como el vértice de un ángulo; era una trinchera; parecía abandonada; la tropa avanzó cautelosamente; ya estaban cerca... ya la asaltan... el capitán, el primero, con la bandera en la mano, dando un grito como de águila salvaje; una nube de fuego se extendió en el horizonte; como espigas tronchadas por una hoz, cayeron al suelo los soldados... la emboscada vencía;

cuando a Marta le pasó el deslumbramiento, miró en torno suyo...

allí, al pie de la trinchera estaba él; el rostro contra el suelo, la espada en una mano, y, en la otra la bandera desgarrada que lo envolvía en sus pliegues;

los atrincherados no salían... esperaban a



---

los contrarios que debían salir del mismo monte, y, caer en la misma emboscada;

Marta se abalanzó al cuerpo de su amado, como una hembra de jaguar que varía de cueva a sus hijos, lo tomó en sus brazos con fuerza increíble, y, rugiendo más que agitando, entró con él, al monte y, descendió hacia el arroyo;

una vez allí, pálida, temblorosa, con sus propios dientes, le desgarró el dolmán y, la camisa, palpó la herida, se empapó en su sangre, pegó a ella la boca, la lavó, y, acercó el agua a los labios del herido; éste abrió los ojos, y, al verse en brazos de Marta, intentó sonreír;

—¿Vencidos? alcanzó a preguntar;

—No, vencedores, dijo ella con orgullo, adormeciéndolo así, con el himno de la esperanza;

un rayo de felicidad iluminó las facciones del herido, intentó sonreír, y, cerró los ojos para siempre, sintiendo estremecerse su hijo

bajo su cabeza, en el vientre de la madre,  
en los labios el beso desesperado del amor,  
y, cerca el ruido embriagador del combate,  
semejante al fragor de una tempestad en  
el océano;

¡muerte feliz!

## VIII

Al caer la tarde siguiente, el ejército ven-  
cedor abandonaba el campo de batalla;

se oían a lo lejos, los gritos de victoria, los  
ruidos de los cañones, y, el tropel de los  
caballos;

no se veía más humo, que el de las ho-  
gueras que quemaban los últimos muertos  
desamparados;

en la árida llanura, poco antes poblada  
de ruidos, había silencio de muerte y, con  
su ala piadosa y, fría el olvido y, la noche  
iban cubriendo el desolado campo de batalla;

a la orilla del monte, cerca a una cruz de

---

palo atada con bejucos, postrada de rodillas estaba Marta;

no lloraba, sus ojos desmesuradamente abiertos, miraban al cielo, y, cual si mirase en el fondo de un abismo, permanecía sorda a los ruidos de la naturaleza y, de la tarde;

poco después, como maquinalmente, se puso en pie, dió la espalda a la cruz, y, comenzó a andar;

bajo el cielo lívido, y, sobre la llanura negra avanzaba aquella mujer, como un fantasma, como el último resto de un bajel naufrago en el océano, y avanzó y avanzó... hasta perderse en las lontananzas melancólicas, entre los ruidos dolientes de la noche.

. . . . .

Pocos días después, Marta bajaba la pequeña cuesta que conduce a su pueblo natal;

meditabunda y, sola atravesó la plaza, y, entró a la casa de donde había salido un día en busca de su amado; nadie le hablaba;

preguntó por la señora, y, al verse en pre-

---

sencia de ella, bajó los ojos avergonzada;

—¿Qué vienes a hacer?

la joven, nada respondió, abrió su jubón, sacó de su pecho un escapulario, un medallón y, una cartera, y, lo extendió a la anciana;

la pobre madre, lo comprendió todo, y, dió un grito horrible:

Marta la vió impasible, no tenía ya lágrimas que verter;

pasó el primer acceso de dolor, la señora se puso en pie, y, ordenó a la muchacha abandonar la casa;

la joven inclinó la cabeza, bajo aquella mirada indignada, y, aquella mano temblorosa, que se extendía mostrándole la puerta;

una vez allí, miró por vez postrera aquella casa querida, pensó en sus amores, en sus citas, y, la última lágrima cayó de sus ojos;

¡adiós! dijo, y, aquel adiós vibró en el aire calmado, y, fué a perderse en la huerta silenciosa; entre los rosales silvestres, bajo

los naranjos en flor, y, los malabares entrea-  
biertos..

. . . . .  
Seis meses después, le habían arrebatado  
su hijo, y, se consumía en la humilde choza  
donde había muerto su madre, y, soñadora  
enferma, se la veía bajar hacia el arroyo,  
y, golpear un harapo contra el lavadero, y,  
cantar triste, muy triste, cual si viese en  
mitad del río, sobre la piedra más alta, di-  
bujarse la silueta de un adolescente hermoso,  
mientras allá lejos se oye el ruido de los  
muchachos, mezclado a los estrépitos del to-  
rrente, y, a los ruidos del campo, traídos por  
la brisa estival, que viene acariciando los  
rubios triguales y, murmura en los árboles  
de la orilla..









## Tarde

### I

Cuando se la veía acompañando a sus ancianas tías al templo, se admiraban aún los restos de su belleza enferma, que tenía la atracción melancólica de una tarde de invierno;

su palidez doliente hacía pensar en los mármoles antiguos, y, envuelta en sus tocas severas, semejaba una flor de cera sobre las hojas del monte;

sus grandes ojos negros tenían una mirada

~~~~~

obscura, como esos estanques profundos rodeados de grandes árboles;

viéndola, pensaba uno en las vírgenes enclaustradas de los tiempos medioevales, en las trágicas leyendas de la santidad, en las maceraciones, en las castidades, en ese mundo de sueños y, quimeras, en ese doloroso estado que la ciencia ha condensado en una palabra: *histerismo*;

había nacido bella y, lozana, como nacen las flores en el monte, y, los niños en el campo;

el soplo de la muerte que le arrebató a su madre, cambió por completo su destino;

a los cinco años fué llevada a la capital, a casa de unas tías de su finado padre, y, que por ende lo eran suyas; ancianas solteronas y, piadosas, rígidas y, aisladas, que llevaban una vida conventual en su antigua y, fría casa de familia;

desde que la pobre niña, pasó, el ancho portal de piedra que parecía lamentar su

perdido escudo y, entró a aquella casa llena de inscripciones y, de imágenes piadosas, en la cual se respiraba un aire de soledad y, de claustro, donde el silencio era profundo, la paz siniestra, puede decirse que el mundo real acabó para ella, y, sólo vivió en el mundo de los milagros, de la fantasía, y, de la fábula;

su franca risa campesina, fué reprendida, su charla infantil, gorjeo de pájaro en aquel desierto, fué severamente limitado, y, desde aquel entonces, sólo para la oración tuvo labios;

bien pronto un nuevo mundo surgió de sus ensueños; no conocía más que el país limitado de la fábula;

todas sus excursiones campestres, fueron por las páginas de la Biblia, en los arenales de Palestina, allá a orillas del Mar Asphaltite, en pos de las hordas vagabundas de los judíos; inocentemente acompañó a estas tribus

bárbaras en su camino de depredaciones, de incendios, de saqueos, de adulterios y, de vicio;

creía a Salomón sabio, a David santo, y, ella incapaz de matar una mosca, adoró en la perversión de su criterio infantil, el asesinato de Holofernes;

sus sueños terroríficos fueron con los condenados escapándose de los fondos del pez hirviente, los muertos que salían de sus sepulcros escupiendo la hostia que habían recibido en pecado mortal; las metamorfosis del diablo para tentarla, en fin todas las espantosas narraciones con que asombraban su conciencia niña, las Pláticas del Padre Parra, o de cualquier otro narrador piadoso, que le leían antes de dormirse;

el *Año Cristiano*, completó su educación; desde entonces todos sus héroes y, heroínas pertenecieron a la leyenda mística; vivió en pleno sueño:

pero, su inocente admiración, se concen-

traba especialmente en esos héroes hoscos y, selváticos que huían del mundo y, se refugiaban en la soledad, en esas vírgenes a quienes San Cipriano llamaba «las flores de la semilla eclesiástica», que huían con ellos del contacto del mundo;

San Antonio y, sus tentaciones; San Pacomio, sus reglas y, sus cilicios; San Macario, que estuvo sin comer siete años; San Eusebio, que se enterró en un lodazal, con ochenta y, seis libras de hierro en la cabeza; San Bazarión, que estuvo cuarenta años sin acostarse; San Dionisio, que estuvo noventa años sin hablar a nadie, y, San Simón estilita, que estuvo cuarenta años parado sobre una columna y, renunció a ver a su madre moribunda por temor de caer en tentación; esos eran sus héroes predilectos;

Santa Paula, abandonando a sus hijos para seguir a Jerónimo al desierto; Santa Melania, llorando de contento porque la muerte de su marido y, de sus dos hijos la dejaban en

un solo día libre para servir al Señor; Santa Margarita de Cortona, arrancándose el cuero de la cara para hacerse fea; Santa Gudula, viviendo con los leones; Santa Lúcia, sacándose los ojos, eran las heroínas de su piedad exaltada; así vivía en plena leyenda;

sus sueños eran sueños de cenobita, aspiraciones al desierto; su pobre pensamiento tendía las alas buscando el cielo; a fuerza de ignorar a los hombres, soñaba con los ángeles;

pero, la Naturaleza que se desarrolla, no tiene cuenta con el místico arrebató, y, espolea y, clava su aguijón;

y, así cuando en noches ardientes, la pobre joven sentía estremecimientos extraños, deseos inmotivados de llorar, anhelos de extender sus brazos para abrazar a alguien, y, veía pasar ante ella, como desprendidas y, mirándola, la cara del último predicador que había oído, la adolescente faz de un monaguillo, o el rostro de San Luis Gonzaga, de la iglesia vecina, la joven se defendía

de las visiones, cerraba los ojos y, cruzaba un brazo sobre la boca, como para defenderse de besos invisibles y, quería gritar como sintiendo que algunos brazos la tomaban; y entonces apelaba a la vigilia, a la maceración, al rezo, y, la luz del alba la hallaba con las pupilas abiertas, las huellas de la fiebre en la faz, y, la inmensa tristeza de algo desvanecido sobre la frente; y, vencedora, macerada, penitente, se alzaba la pobre joven sobre las ruinas de sus sueños que eran las ruinas de su propia vida;

• • • • •

de su casa a la iglesia, y, de la iglesia a su casa, pasó los años de su vida;

el baile, la diversión, el amor, no se nombraban ante ella, sino con tremendos anatemas; San Bernardo había dicho que el baile era la escuela del diablo; sus heroínas no habían tenido más amor, que el amor de Dios; locas de su cuerpo, llamaba otro santo a las mujeres que amaban;

así había pasado su vida, sin oír murmurar de amor;

había llegado a los treinta años, y, se había replegado al seno de sus visiones; ya no las rechazaba; eran los ángeles que venían a verla en premio a su caridad; su amor era ardiente como el de Santa Teresa de Jesús a su esposo, sólo que su erotismo no rebosaba en versos; pero, desde entonces sus pasados sueños la consolaban; amaba y, era amada;

¿de quién?

de celestes visiones, acaso de algún ángel; ya sus sueños eran tranquilos, se dormía sonriendo, envuelta en voluptuosos efluvios, acariciada por besos invisibles, y, despertaba, macilenta, cansada, enferma;

¡tristes amores con una sombra!

II

Cuatro años después, habiendo enterrado a la última de sus tías; sintiéndose sola en

aquella casa desierta; temerosa por su reputación de vieja virgen, se retiró a su pueblo natal, a casa de unas primas suyas;

el mundo, era enteramente nuevo para ella; no encontró el camino lleno de penitentes, sino de honrados comerciantes que reían, bromeaban, y, decían palabras que no eran de escuela mística; en las rocas no halló solitario alguno, ni anacoreta con báculo para mostrarle el camino, los pastores mofletudos y, alegres, la miraban atrevidos, y, no se les veía comer pasto con sus rebaños como aquéllos que ella había visto citados en sus libros de santos, y, en el pueblo las muchachas no hacían votos de castidad, y, antes bien, sus primas estaban locas por salir de tan enfadoso estado, e importunaban a los santos con velas y, novenas en solicitud de un novio casadero;

la vista de aquel pequeño mundo, fué para ella como una revelación;

comprendió que había placeres distintos

del placer de la oración; que lo que se llamaba virtud, podía ejercerse fuera del misticismo; que amar a los hombres no era un crimen; la conversación de sus primas, la asombraba primero, y, la deleitaba después; sus pasiones petrificadas se derretían con aquel nuevo sol; en el fondo de la momia anticipada volvía a levantarse la mujer;

cuando iba al baile con sus primas, sentada en un rincón, envuelta en su negro traje, aquella mujer sacrificada, mirando la juventud desde la altura de sus treinta y cinco años, sentía la nostalgia del placer, y, de la vida;

y, era bella todavía, con la belleza soberbia y, provocativa de ese último esplendor de la juventud y, la belleza;

de ello se apercibió un día, en que su primo Luis, después de mirarla tiernamente, se lo dijo sin rodeos;

y, se aseguró de ello, cuando pocos días después se vió al espejo vestida de un traje

vaporoso y, moderno, que la fuerza del clima le hacía llevar;

la morbidez de sus contornos, la frescura de su cutis, la lozanía de su belleza conservada por los climas fríos, la hacían aún capaz de luchar con las jóvenes y, languidecientes bellezas de ese clima ardoroso;

desde entonces limitó la rigidez de sus vestidos, y, solía hurtar una que otra flor de las que llevaba al templo, para colocarla sobre su seno, o en las ondas de sus cabellos negros y, lustrosos como el ala de un paujil;

no faltaron adoradores a su belleza moribunda, especialmente entre los jóvenes que no sé por qué extraño fenómeno de voluptuosidad se sienten atraídos por estas frutas maduras prontas a caer del árbol;

su primo Luis, era de este número; estudiante en vacaciones, atrevido, ardiente, voluntarioso, habituado a tronchar en el amor, en el pueblo aquel, las espigas del campo y, las flores del poblado, se sintió atraído hacia

aquella virginidad conservada, aquella hermosura voluptuosa, aquella rosa que exhalaba su último perfume; y, puso sitio a la plaza;

inocente como si tuviera diez años, aquella extraña criatura se sintió sorprendida;

sus libros de leyendas no hablaban de santos que miraran así, ni dijeran cosas tan dulces; ¡además era tan semejante al San Luis aquel de la iglesia cercana que había hecho el encanto de su niñez, y, los éxtasis de su juventud! el mismo rostro fresco y, juvenil, los mismos ojos tristes, la misma sombra de la barba naciente, los mismos cabellos cayéndole en bucles sobre la frente;

no se defendía siquiera; se dejaba adormecer por aquel himno que no había oído nunca y, marchaba al abismo en brazos de la inocencia;

de sus sueños, se apartaron los ángeles sonrosados, las visiones queridas; no hubo más

que él, con su rostro de San Luis, dominando sus ensueños.

III

Así, cuando aquella tarde, en las cercanías del pueblo, sentados sobre un anciano tronco, a la sombra de los árboles, ella acababa de leer el bello libro que él le había dado, novela llena de cuadros voluptuosos, historia de una pasión ardiente, con la imaginación llena de éxtasis amorosos, de frases amantes, murmuradas al oído, sintió estremecimientos extraños, con la voz temblorosa por la emoción, y, los ojos brillantes y húmedos, cerró el libro, y, contempló a su amante;

él, no tuvo nada que decirle, le ciñó el brazo al talle la atrajo contra su pecho, y como una furia salvaje, la besó en los ojos, en las mejillas, en la boca, en la garganta, dondequiera que sentía la frescura de aquella piel, que se ofrecía palpitante y, perfumada. a sus labios ardorosos;

ella, había cerrado los ojos y, se dejaba amar;

la noche avanzaba, de la tierra se alzaba una ola de calor que los enardecía; el olor de las plantas y, las flores era enervante; la soledad los rodeaba, los árboles les formaban el misterio, allá lejos el horizonte violáceo, y, en esa palidez, como un testigo lejano, destacándose la silueta del campanario de la aldea;

sus bocas unidas y, temblorosas, sus brazos enlazados como bebiendo la beatitud del momento, se hundieron en la sombra y, el placer;

en tanto, la luna se alzaba perezosa detrás de las colinas, Venus lanzaba resplandores intermitentes a través del ramaje encubridor, y, en el fondo del bosque parecían errar las vagas siluetas de las vírgenes de la leyenda, suspirando tristemente;

amó como una leona, con amor de fiera; toda su voluptuosidad dormida despertó; no

pobló de rugidos los bosques, sino de besos y, murmullos aquellos campos queridos;

su amor fué un frenesí; cansó el placer; cuando a los tres meses, su primo tuvo que partir, y, se halló sola, sin aquel amor del cuerpo en que para nada entraba el espíritu, sintió cólera y, hastío, maldijo a las que así le habían hecho perder la juventud; a las que, olvidándose de que era mujer, la quisieron hacer ángel; a las que así le habían arrebatado la parte más preciosa de su vida;

entonces encontró triste y, solitario el pueblo, y, volvió a la ciudad;

por una resurrección del medio ambiente volvieron por un instante a atraerla los templos, a imponerla la majestad de las grandes basílicas;

pero, ya no soñaba con los ángeles, en vuelta entre las nubes del incienso, encontraba sin bellezas las toscas esculturas, monótona la voz de los sacerdotes, frío el antiguo templo de la fe;

en vano de rodillas ante el Cristo, le pedía que la salvara, que le diera un rayo de su antigua ignorancia, una gota del Leteo para borrar los recuerdos del placer;

muda permanecía la estatua, muerto el antiguo fervor; los labios al posarse sobre las frías baldosas, anhelaban el contacto de otros labios;

en vano se golpeaba el pecho y, reclinaba la frente enardecida, sobre el mármol del templo;

Eva, que había comido la manzana, expulsada sería del paraíso;

ante la indiferencia de las estatuas, quietas sobre sus zócalos, la majestad del templo sordo a sus gemidos, la desesperada histérica maldijo aquel panteón de su juventud, y, un día, hosca y, como enloquecida, le volvió la espalda y, lo abandonó para siempre;

entonces se hundió en el fango;

Magdalena sin redención, fué de mercado en mercado, vendiendo los restos de su be-

lleza opulenta, y, estuvo, como dijo uno de sus antiguos textos, loca de su cuerpo;

ya no fueron Santa Gudula y, sus leones, Santa Julia y, su castidad, Santa Lucía y, su heroísmo, sus arquetipos ideales;

Margarita Gautier, fatigando el vicio; Safo indómita querida; Ninón de Lenclos paseando su vergüenza; todas las grandes heroínas del placer fueron su ideal;

al histerismo místico sucedió el histerismo mundano;

el cirio que había ardido al pie de los altares, lanzaba sus últimos fulgores en el altar de la diosa del amor;

ya no vivía en la leyenda, sino en el mundo; pero había caído en él, tarde y, sin alas; pobre mutilada de la fe, iba al abismo.

IV

Cuando mucho tiempo después, aquella tarde en el Hospital, enferma rebelde, sorda a los ruegos de las religiosas que la asistían,

se negaba a ver al sacerdote, y, cerraba con soberbia sus ojos, para no verlo, y, lo sintió alejarse con sus santos óleos, fulminándole anatema tremendo, y, se quedó sola, abrió los párpados y, paseó su mirada sombría por los desiertos muros, frente a ella estaba el altar improvisado; el Cristo ostentaba su tradicional rostro de mártir, y, dos cirios chisporroteaban;

de súbito los ojos de la moribunda adquirieron expresión extraña; su mano que no había podido levantarse, se extendió, mostrando un punto en el altar; la hermana puso su mano sobre uno y, otro objeto y, al fin dió con el deseado; era un San Luis Gonzaga que había al lado del Cristo;

la religiosa se lo trajo temblando de alegría; el milagro estaba hecho; San Luis salvaba aquella alma;

la moribunda lo trajo contra su corazón; lo abrazó con fuerza sobrehumana, lo besó con pasión infinita, tuvo un estremecimiento

espantoso, una sonrisa se dibujó en sus labios, brotó una lágrima de sus ojos y, expiró; murió en un paroxismo de pasión abrazada a su ideal.





Emboscada

París estaba en plena vida;
era la hora de salida de los teatros;
inmenso río de claridades parecían los boulevares con sus intermitentes y, pálidas ondas de luz eléctrica, y, sus rojos fanales de gas; obscuridad de riberas formaban los inmensos *trottoirs* poblados de gente que producían el ruido sordo de una corriente subterránea, y, como cantos de pájaros se escuchaba la dulce voz de las mujeres, prendidas al brazo de sus amantes, y, las risas

sonoras de las *cocottes* saliendo tumultuosas de los cafés;

de la Porte-Saint-Martin hasta la Magdalena, París cantaba el himno del amor y, de la vida;

aquella inmensa ola humana parecía ir a perderse en la Plaza de la Concordia, tomando hacia las arboledas de los Campos Elíseos, donde aun vagaban los últimos acordes del *Horloge* y *des Ambassadeurs*, dejando atrás los jardines de las Tullerías, y, envuelta en la sombra la negra silueta de la Columna Vendome;

nubes de coches que bajaban del Arco de la Estrella, y, de la cual se escapan cantos picantes, ecos de *calembourgs*, risas de mujeres, estallidos de besos, himnos de amor lascivo, rumores de la vida parisiense, que va a perderse bajo el inmenso arbolado, allá en los jardines cerrados, en los estanques en que duermen los cisnes y, en la sagrada pe-

numbra en que alzan su silueta las estatuas de los héroes y, de los dioses;

es Bizancio que revive, Babilonia que grita, París que pasa;

es el inmenso aleteo de la vida bajo el ala del placer;

un paseante solitario, hostigado acaso por ocultos dolores y, nostálgicas tristezas, subía lentamente la Rue Royale, y, había ganado ya el Boulevard, atravesando la Plaza de la Magdalena, cuando del fondo de una de esas calles oscuras, vió avanzar hacia él un bulto, que con voz dulcísima le hablaba; era una mujer; está mal dicho, era una niña como de trece a catorce años, a la cual en esa semi-obscuridad no podían vérsese bien las facciones;

habló al paseante en voz muy baja, en tono de súplica, en un idioma que él no entendía, y, extendiendo su manecilla blanca como para pedir; señalaba con la otra la prolongación

de la estrecha calle, como para que se la siguiera;

el paseante vaciló;

la niña había salido de la penumbra y, a la luz del fanal eléctrico podía verse bien su rostro un poco moreno, como si fuese habitante de las costas meridionales; sus labios frescos y, desdeñosos; sus grandes ojos, oscuros y, melancólicos, brillando bajo un montón de cabellos negros agrupados sobre su frente, prisioneros en una pequeña y, sucia gorra, adornada con flores marchitas y, cintas deshilachadas;

aquel cuadro de prostitución, de miseria y, de belleza casi infantiles conmovió al viajero, pero, le indignó al propio tiempo;

se negó a seguir a la niña; ella no hablaba francés; pero hablando muy paso siempre, en su idioma con acento arrullador, se acercó al viajero, le tomó una de sus manos en las suyas febricitantes, trató de llevarlo consigo;

aquello era ya una súplica, no una provocación;

el viajero, le ordenó que siguiese delante de él, marcándole el amplio sendero del *Boulevard des Capucines*; la niña miró como con miedo aquella estela de luz, que se extendía ante ella, se contempló un instante su vestido miserable y, sin embargo, avanzó resueltamente;

el viajero la siguió;

la niña andaba aprisa, muy aprisa, lejos de las puertas de los cafés, y, los focos de luz de los hoteles, y, parecía indiferente a cuanto la rodeaba;

de vez en cuando volvía a mirar para ver si su acompañante la seguía; frente al *Grand Hotel*, pasó como una cierva perseguida, y, al pasar por el *Café de la Paix*, rechazó a un hombre que quiso detenerla;

el extranjero pensó entonces en las recientes historias, contadas por los diarios, de muchachuelas así, que llevaban a los hom-

bres al Bosque de Bolonia, o a callejuelas extraviadas en donde eran desvalijados por bandidos que se decían padres o hermanos de la supuesta víctima;

se detuvo un momento; habían llegado a la Plaza de la Opera; allá en uno de los costados del gran teatro, como en dirección al *Boulevard Haussmann*, bajo uno de los fanales se diseñaba la delgada y, oscura silueta de la niña, como un punto negro en aquella inmensa fosforescencia; por orgullo y, curiosidad el viajero siguió, caminando así, ella delante y, él atrás, tomaron por la *Rue de Lafayette*, hasta donde ésta se encuentra con la calle de *Le Pelletier*, y, tomando por esta última, cuando el viajero vió detenerse la niña en la puerta de una casa, miró el letrero de la esquina: estaba en la *Rue de...*

sinistro aspecto tenía aquella casa con el letrero de todas las que a ellas son semejantes: *Maison Meublée*;

la niña se había detenido a la puerta e invitó al viajero a seguirla; ambos entraron;

en la angosta escalera sin alfombras, que gemía bajo el peso de los que la subían, no había ni una luz;

el débil resplandor del foco de la calle alcanzaba a iluminar los primeros escalones; y, las formas de un hombre y, una mujer que en la sombra se abrazaban; en la segunda escalera tropezaron con un hombre ebrio que bajaba echando maldiciones; en el tercer piso la puerta entreabierta de un cuarto dejaba entrever el cuadro de una verdadera bacanal;

las mujeres, medio desnudas salieron llamando al transeunte, y, llenándolo luego de improperios;

la niña apresuró el paso; al fin llegaron al cuarto piso; ella abrió cuidadosamente la puerta de su cuarto e invitó al viajero para seguir;

un débil resplandor de luz, llegó hasta el corredor; el viajero entró;

ni lecho alto, y, suntuoso de cortinajes espesos, ni lunas de Venecia, ni *chaise-longue* para reclinar una belleza lasciva, nada de lo que los cuartos de placer tienen, había allí;

un arpa muda en un rincón, un violín colgado a la pared, una lámpara casi extinta, un espantoso olor de miseria y, allá en un rincón, sobre un sofá desvencijado, encima de un jergón, una mujer enferma, roja por la fiebre, los ojos cerrados con un círculo violáceo, cabellos ya canosos pegados a las sienes por el sudor, y, escapándose de una toca húmeda y, sucia, y, cerca de aquella mujer, inclinada, como inconsciente, otra de rubios cabellos en cuya nuca blanca y, estatuaría jugaban los débiles rayos de la luz; un muchacho como de siete años dormido al pie del lecho, y, un niño prendido al pezón exhausto de la rubia joven;

—Olga, dijo muy paso la niña al entrar;

la mujer rubia, alzó la cabeza que tenía inclinada sobre su hijo, a vista del extranjero

se puso en pie, guardó el pecho descubierto, y, avanzó hacia el desconocido;

era hermosa; hermosura de joven y, de madre; su palidez de hambre y, de miseria le daban el color de una rosa blanca que empieza a marchitarse; sus ojos de un verde claro, semejaban uvas marinas, admirable el torso del pescuezo, anchos los hombros, protuberante el seno; perdida en su inmensa bata parecía un modelo de estatua romana, de la época de decadencia;

—Caballero, dijo entre tímida y, resuelta, es mi madre que se muere, y, señaló a la anciana; somos húngaros, vinimos de Budapesth, a tocar aquí en una banda; mi esposo era violinista, y, mostró el violín, que huérfano parecía sollozar en el rincón; yo toco el arpa; mi esposo ha muerto de la grippa; hacía apenas un año que estábamos casados;

como al paso de una bandada de pájaros negros, sombras de recuerdos pasaron por la frente de la joven;

—Con la intención de recoger algo para volvernos, yo tocaba en los cafés y, cantaba con esta niña; hace un mes que mi madre está enferma y, ocho días que yo, he dado a luz; los pocos ahorros se han consumido; veinte y cuatro horas hace que no tomamos alimento; y, ya ve usted la pobre anciana se muere...

esta noche, dije a Litzka, ve, ponte en la puerta, e implora la caridad; la pobre niña ha ido no sé hasta dónde y, ha venido con usted; ¡Dios sea loado!

la joven dobló la cabeza bajo el peso del dolor y, la vergüenza;

el extranjero tenía madre y, hermanas, allá lejos, muy lejos... pensó en ellas y, en lo mudable de la suerte... sintió que una lágrima humedecía sus ojos; puso su portamonedas en las manos de la joven y, volvió la espalda sin escuchar las bendiciones que se le tributaban;

pronto estuvo en la calle; la noche estaba

bella, la brisa fresca, el cielo sereno, caminó a la ventura; llegó a los boulevares; el ruido seguía, el placer continuaba; el viajero, meditabundo, se sentó en un banco; estaba estupefacto, como venido de la sombra; salía del fondo del abismo;

contempló con tristeza el París que ríe; él venía del París que llora;

y, se retiró a su hotel, pensando en aquella anciana enferma; aquella joven madre; aquella niña hambrienta; aquel violín sobre el cual parecía roto el arco, vagar aún la última melodía;

y, pensó en su madre, y, en sus hermanas, que estaban lejos, muy lejos...





Vengado

I

Floreaban los tilos, las lilas se abrían, los rojos claveles, blancos malabares, geranios y adelfas se agrupaban en torno de ella, para brindarle su perfume; las enredaderas que pendían de la tapia del jardín, la coronaba de florecillas azules, y, las aves en el ramaje, y, el arroyuelo a sus pies le formaban un como rumoreo de amores;

sentada estaba al lado de su esposo;

blanco el cabello, rostro bondadoso, y, aspecto de enfermo tenía él;

belleza deslumbrante, y, voluptuosa, hermosura de sol en el zenit, de rosa de la montaña, de fruta madura y, tentadora, esa que las mujeres hermosas, desarrollan después de los treinta años, era la de ella;

morena la color, negro el cabello, cuyas ondas lustrosas semejaban las olas de un río acrecido, en una noche de tempestad;

como un plumón de cisne, era su pecho, levantado de protuberancias marmóreas, ajustado al talle, y, ceñido el traje, dejaba ver formas estatuarias, de las cuales, como modelo escapado de un estudio de artista, se veía su brazo de curvas perfectas, apretada carne, y, vello sedoso, que semejaba la pelusa de un melocotón;

silencio sepulcral había en el pueblo, y, en el jardín;

ni un ruido en la casa, ni un transeunte por frente a la reja;

los insectos, entre el bosque, y, las moscas zumbadoras, eran los únicos parleros;

nube de hastío velaba su faz hermosa;
con la mirada yagando en el espacio cual
si buscase algo tras el horizonte, respiraba
con pasión, se impregnaba del calor de la
tarde, y, de los aromas de las flores, y, as-
piraba en su temperamento ardiente aque-
llos efluvios de voluptuosidad de la natura-
leza, que venía a besarla en invisible oleada;
parecía soñar;

¿en qué pensaba?

¡imaginación de mujer!

¡inmenso abismo!

acaso contemplaba los amores de los in-
sectos, que se estremecían tocándose con las
alas; las parejas de aves que se refugiaban
en el bosque, como buscando el misterio para
amarse, las plantas que se enlazaban con
lasciva fiereza, la tierra fecundada por el
sol, y, produciendo cada instante de su seno
generoso;

¿soñaba?

sueño de la planta agotada con la gota de agua del cielo; de la playa abrasada con el beso del mar!

sueño de una naturaleza voluptuosa, languideciente en la soledad, y, en el hastío; ruido de herraduras contra las piedras, se escuchó afuera;

púsose en pie el perro perezoso que a los pies de su señora dormía, y, ella clavó sus ojos en la reja;

lentamente, como quien trae fatigada la bestia, pasó por frente a ella un jinete que saludó con cariño;

¿era un niño?

no tal; éralo sí, cuando hace cuatro años partió para el colegio; la adolescencia empezaba a abandonarlo hoy, y, pisaba las fronteras de la vida;

aunque los estudios lejos del pueblo natal, ajan el alma, y, el rostro, aún mucho antes que los años lo hagan, aquél tenía algo como de infantil en la mirada, y, la frescura en el

rostro, donde se diseñaban ya, sus facciones varoniles, de perfil hebreo;

—Federico, dijo el esposo;

—Es verdad, qué crecido está, dijo ella;

y, lo siguió con los ojos hasta verlo perderse en la próxima calle; todavía quedó como alelada, mirando el punto donde había desaparecido;

pronto, volvió a reinar el silencio, el perro volvió a echarse a los pies de su ama, la brisa a jugar con los árboles; ella cerró los ojos, y, quedó como en un sueño;

cuando volvió a ver a su esposo, parecíale que toda la nieve de la sierra próxima le hubiese caído en la cabeza, y, su edad se hubiese duplicado;

deslumbrada con la vista de la aurora, hallaba horrible aquel crepúsculo helado;

sentía como que algo desconocido se agitaba en el fondo de ella;

nerviosa, inquieta, se puso a pasear por el

jardín, y, se acercó a la reja; todo estaba desierto...

—Vámonos, dijo, y, del brazo de su esposo se dirigió a la casa;

aquella noche su sueño fué inquieto, y, febril;

sentía como si en su interior retozaran fieras;

su sangre ardía, sus carnes temblaban, y, estremecimientos de pasión recorrían su cuerpo;

había algo que rugía en ella; su naturaleza dormida despertaba como una leona sedienta;

algo había que le gritaba: ama; ama; ama;

se abrazó a su esposo con frenesí, como nunca lo había hecho, lo besó con ardor inusitado, y, lo estrechaba con fuerza;

—Déjame, déjame, decía el pobre enfermo, me haces mal;

entonces hosca, como una loba herida, se retiraba al rincón de la cama, sacudía su cabellera suelta, y, lloraba temblando;

sus grandes ojos centelleaban en la sombra, y, parecía una febricitante; creía que el temblor de la pasión era frío, y, volvía a arrebujarse, y, temblaba a solas;

a las primeras luces abandonó el lecho: jamás le había parecido tan odioso;

miró a su esposo; sus pupilas no reflejaron odio, sino desprecio;

sobre aquel lecho, y, aquel hombre, vagaba ya una sombra.

II

Perfumado estaba aquel rincón del valle, como el seno de una mujer, que espera a su amante, para reclinarlo allí;

olor de tomillos, y albahacas, uníase al de mil florecillas silvestres que allá y, acullá esmaltaban el suelo, semejando unas, con sus hojas amarillas, monedas de oro dispersas en una mesa de juego, otras, azules como girones de nubes, se inclinaban, como si dur-

miesen o trepaban la enredadera verde, mezclándose a sus hojas; las de rojo color, iban como presurosas por el descenso que va a la fuente, y, las últimas casi se sumergían en el remanso; melancólicas y, sin perfume abrían sus hojas blancas esas flores de la tarde, que nacen a la venida de la sombra cual si fuesen almas de flores muertas, que vienen en la noche a platicar con las estrellas; rumor de nidos parleros había en los árboles;

mugían las vacas, susurraban los insectos, las luciérnagas, lámparas del bosque, voloteaban ya en el monte, y, había en la naturaleza ese vago rumor de una tarde que se muere;

en la linde del camino que baja al río, allá, donde forma un recodo, y, hay una arboleda, cerca del poblado, junto a esa fuente donde las mozas campesinas se lavan, y, se miran el rostro, para entrar al pueblo, sentados en esa piedra, donde descansan los campesinos

ancianos, y, zagales del monte han platicado de amor, cogidos de las manos, presos en las miradas, en diálogo feliz, están los dos;

hace un mes, que él llegó al pueblo, la tarde aquella en que sentada al lado de su esposo, ella agonizaba de hastío, y, lo devoró con la mirada;

¿cómo se habían aproximado, uno a otro?
tiene el amor secretos subterfugios;
¿cómo se habían amado?

soledad del pueblo, monotonía de la existencia, juventud que despunta en él, exuberancia de vida llegaba a su cenit en ella; ardores de una pasión que casi era adolescente, y, tempestades de un amor en la tarde de la vida; dos corrientes de electricidad y, de pasión que se encontraron: he ahí el rayo;
sentada allí, estaba transfigurada;

ya no había una nube de hastío sobre su frente, la felicidad como un sol le inundaba el rostro;

su belleza tropical, y, tentadora era deslumbrante;

todo en ella, respiraba voluptuosidad feliz; el labio entreabierto convidaba al beso; el seno palpitante a la opresión; sus grandes y, húmedos ojos, no miraban sino devoraban al mancebo, y, había en sus miradas algo como del amor celoso de una leona; en sus pupilas algo como la reverberación de las tempestades del desierto;

y, a fé, que aquella cabeza de adolescente merecía ser contemplada así; hurtada parecía que hubiese sido al estudio de un pintor alemán; en sus pupilas había ese color gris pálido en que se trunca el azul del cielo en las regiones del Norte; su cabello de un rubio obscuro, casi castaño se agrupaba con profusión sobre su frente; corte griego de nariz, gruesos los labios y, graciosa la sonrisa; no velaba su boca el bozo ya despuntado, porque siendo más rubio que el cabello apenas se notaba; tenía su rostro todo

expresión soñadora y, sensual, atrevida y noble;

¿qué hablaban?

diálogos de enamorados; ¿quién los ignora?

las mismas notas del himno eternamente cantado; las mismas páginas del poema, eternamente repetidas;

el diálogo era paso y, tierno, era como un susurro, que se confundía con el ruido del agua entre la grama, el rumoreo de la brisa entre las hojas, y, el gorjeo de los pájaros arriba;

busca el amor la soledad, y, ellos huyendo de paseantes campesinos, habían tomado la vereda oculta, y, estaban en mitad de la espesura;

enervante olor a bosque, conciencia de la soledad, amores de insectos abajo, y, de aves arriba; dos torcaces que se arrullan cerca; el viento que rumorea en torno; la tarde que declina; una estrella que asoma; la inmensa

voluptuosidad de la tierra estremecida que se duerme en los brazos de la noche;

y, ellos allí, hablándose de amor, y, por único testigo un lucero melancólico que enviaba su luz a través del sombrío de la espesura;

por tres veces, se puso ella en pie, queriendo despedirse, y, por tres veces volvió él, a atraerla a su lado;

jugueando quiso alejarse la cuarta, y, él, no pudiendo tomarla de la mano, la ciñó el brazo al talle, y, la encadenó temblando;

cuando por este movimiento puso la frente sobre su seno, y, lo sintió estremecerse, y, aspiró aquel perfume de mujer, todos sus instintos juveniles se despertaron en él, y, alzó asombrado la cabeza;

ella sin rechazarlo lo contemplaba con la suya echada hacia atrás, los grandes ojos húmedos, llameantes; la respiración anhelosa; los labios entreabiertos; la negra cabellera suelta, como si la agitara el soplo de

la tempestad de deseos que estallaba en ella;

el acercó su rostro cual si desease aspirar su aliento, clavó su pupila en la pupila de ella, y, le dió en la boca tan sonoro beso, que temblaron las aves en sus nidos, y, suspiró la selva de placer;

el beso de Paolo, en los labios de Francesca;

primer beso de verdadera pasión dado a aquellos labios de volcán; primera ráfaga que agitó el seno de aquel océano de voluptuosidades;

se quejó como una ave que se muere; se dobló sobre el pecho de su amante y, después se abrazó a él, con el furor de una llama que rodea un tronco...

.
.

callaban las aves, murmuraba la fuente, susurraba la brisa, clareaban los luceros en el cielo pálido, y, la noche apacible se poblaba

de rumores, cuando ellos dejaron el húmedo
boscaje, el entoldado templo de su amor;

en aquel edén abandonado, no quedó ángel
custodio;

sólo la virtud parecía sollozar tristemente
en el fondo de la selva.

III

El tiempo es cierzo, y, la ilusión es flor,
cuando pasa sobre ella la marchita;

pasión loca y, desbordada, amor de carne,
dura poco, languidece, vacila y, muere al
fin; deseo satisfecho, amor muerto; fiera sa-
ciada se retira al monte;

seis meses pasaron sobre la pasión culpa-
ble;

el amor de ella, siempre vivo, la pasión de
él, siempre desbordante;

ella lo amaba con delirio; era su único,
su primer amor;

él, confundía su pasión con sus sentimientos y, creía amarla;

muchas tardes se habían visto, muchas citas se habían dado, y el sol al ocultarse los había dejado muchas veces uno en brazos del otro;

aquella tarde también el sol agonizaba, tenue brisa refrescaba el ambiente, las aves como siempre llegaban abatiendo el vuelo a los nidares, y, ella inquieta esperaba a su amante;

la tarde era bella, y, se hacía triste; la soledad se hacía insoportable;

¡oh desesperación de los que esperan!
cansados estaban los hermosos ojos de mirar el camino; cansados de intentar leer, y, prontos estaban a llorar;

el ruido de una hoja la hacía estremecer; el paso de cualquier viandante la hacía temblar;

cuánto tarda y, ya la luz se oculta, ¿por qué no vendrá?

nubes de negros pensamientos le pasaban por la mente;

hacíase más espesa la sombra, más triste la soledad y, sentía miedo;

sorprendióla la noche, de rodillas, cerca al banco de piedra, bañada en lágrimas, interrogando el horizonte;

al fin silenciosa y, triste como quien ha perdido la mitad del alma, se retiró hacia el pueblo;

como sonámbula caminaba a la ventura; de súbito, un cuchicheo como de aves que se arrullan, y, una voz que era el himno de su vida, llegó a sus oídos; alzó la cabeza asombrada; era una pequeña casa de arrabal, llena de luz; una anciana, que sentada en su silla, tejía media, y, dos jóvenes que en el corredor bajo su mirada hablaban tiernamente;

¡era él!...

como petrificada quedó inmóvil, devorando

el cuadro, con los ojos desmesuradamente abiertos;

colocada así en la penumbra, aquella mujer era la estatua del asombro;

sus labios pálidos, no murmuraron una palabra, las pasiones no se despertaron en el fondo de su alma: estaba estupefacta;

adentro seguía el idilio;

la niña pálida, rubia, parecía una virgen de Ossian, sus grandes ojos azules tenían esa extrañeza apacible de quien comienza a vivir, y, se dejaba amar con inocente abandono;

él, la contemplaba como un creyente a un ídolo;

su mirada, no tenía ni atrevimiento, ni impudicia; era un éxtasis;

se acercaban, y, se hablaban paso, muy paso, como el aleteo de dos mariposas azules;

la borrasca estalló entonces;

la mujer indignada tuvo ímpetus de fiera; arrojarle entre ellos, y, herir, fué su primer

deseo; se contuvo; se acercó a la pared, para pasar bien cerca de la puerta, y, con voz ronca y, sonrisa epiléptica, dijo lentamente:

—Buenas noches;

la niña, y, la madre respondieron;

él, sintió extraña conmoción, como quien despierta de un sueño; se acordó de todo; había faltado a la cita;

la niña, quedó fija, viendo la silueta de la mujer perderse en la sombra;

no sabía que la más grande de las tempestades acababa de pasar cerca de ella; la tempestad de los celos.

IV

La cadena culpable iba a romperse, en vano se pretendería soldar sus eslabones;

el amor del alma, iba a vencer al amor del cuerpo; el sentimiento, a la pasión;

hubo reconciliación, y, lágrimas, y, besos, y, disculpas;

el bosque aquél volvió a poblarse de rumores amorosos;

la copa del placer volvió a llenarse, y, los ardientes labios a libarla; pero, ¡ay! la antigua fe no renació;

los celos y, la desconfianza engendraron la querella;

el placer desbordante engendró el hastío;
la tristeza los cubrió muchas tardes en el bosque, y, la luna al asomar, los vió muchas veces, lejos el uno del otro, con mirada hosca, y, ademán indignado;

el amor puro que se alzaba en él, empezaba a dominarlo todo;

el desengaño que se alzaba en ella, todo lo obscurecía;

¡triste crepúsculo de todo lo que muere!

al fin las citas fueron más raras, la sanción se alzó entre ellos, y, el bosque quedó desierto;

la soledad, empezó a rodearla;

la sociedad no venía a su casa, su amante no podía entrar en ella, porque el anciano lo comprendía todo, y, ella no podía ir a la cita acostumbrada, por temor a los comentarios del pueblo, al verla pronta a ser madre;

al fin la soledad fué completa;

su esposo murió sin perdonarla;

cuando aquella noche de la agonía, desmelenada y, llorosa, hincada a la orilla del lecho, pugnaba por tomar una mano del anciano diciéndole con voz ahogada por el llanto:

—Perdón, perdón.

—No, no, jamás, respondía él, indignado.

—Perdóname, volvió a decir ella.

—Maldita seas, dijo el anciano, y, fué su última palabra;

cuando trajeron para que lo bendijera a aquel niño recién nacido, que pasaba por su hijo, el moribundo abrió los ojos, con ade-

mán de furia inusitada, trató de incorporarse, una ola de sangre le subió al rostro, y, se desplomó en el lecho;

estaba muerto;

cuando el día siguiente, en la sala mortuoria, a la luz oscilante de las lámparas, se hallaron los dos ante aquel cadáver, como ante un testigo inmutable, al fijar sus ojos en el muerto, cuyo semblante lívido reflejaba aún la indignación, ambos los bajaron aterrados;

el remordimiento, como una ave fatídica, pasó rozándoles la frente.

V

El dolor, produjo una como recrudescencia del amor;

algo de nobleza en él, que al mirar a aquella mujer aislada, triste, abandonada por su causa, le indicaba que debía ser amada; lo hizo volver a su regazo;

y, este canto del poema tuvo lugar en el campo, allá en una hacienda, lejos del bullicio donde ella se había retirado a pasar el luto, y, donde iba él, dos veces por semana;

mas esta última había faltado;

¿qué se había hecho?

¿por qué no venía?

era necesario ir a buscarlo y, fué;

tras los cristales de la ventana, en su alcoba, donde aún parecía vagar el frío de la muerte, y, la sombra de su esposo; ella lo esperaba;

bella estaba, con su vestido de luto, la palidez del dolor, y, la amorosa ansiedad en el semblante;

la maternidad que había calmado su temperamento voluptuoso, había adelgazado su cuerpo, y, dado un nuevo aire distinguido y, triste a su belleza;

en un ángulo del aposento, dormía su hijo en una cuna entre una nube de encajes, se-

mejante a esos serafines que circundan las *Concepciones* de Murillo, vagando en el seno de una nube;

los ojos de la madre, iban de la calle, a la cuna, y, de la cuna a la calle;

la noche venía, y él, no;

poco a poco, los montes lejanos se iban hundiendo en la sombra, las verdes dehesas se hacían oscuras, el cercano río no se veía sino a trechos, reflejando una que otra estrella naciente, los limoneros y, manzanos de las quintas vecinas se balanceaban al beso helado de la noche; la blanca torre de la iglesia, después de haberse despedido con su lengua de metal al toque del *angelus*, se había hundido en el silencio, y, en las tinieblas; el cielo empezaba a poblarse de estrellas, y, a trechos en las pocas casas del poblado empezaban a aparecer las luces;

la sombra se había apoderado de la habitación, con su ropaje lúgubre, y, ella presa de inmensa agitación no la había visto llegar;

llamó a su criado de confianza;

¿había cumplido su comisión?

—El, dijo que vendría, murmuró el sirviente.

—¿A qué hora?

—A las seis.

—¡Son las ocho!

entonces meditó en su pasado, en su pasión, en su caída;

el recuerdo, alzó las lontananzas en su alma, y, le pareció oír el murmullo de palabras queridas, y, besos olvidados;

un ruido de lejana música vino a sacarla de aquel ensimismamiento sombrío;

acercó más la cabeza a los cristales, y, miró hacia afuera;

a pocos metros de allí, en la calle del frente, cuyas ventanas abiertas dejaban ver la sala iluminada, era donde tocaban: había un baile;

con la ansiedad, y, el dolor pintados en el rostro, se puso a verlo todo;

uno por uno, vió entrar a los individuos de la concurrencia y, luego vió comenzar el baile;

un alivio inmenso vino a su alma: él no estaba allí;

este rayo de consuelo, fué pasajero, pues el corazón le gritó entonces: ella tampoco; es verdad, ella, su inocente rival tampoco estaba;

la duda y, el dolor, le desgarraban el corazón;

de pronto, un grupo que pasaba por la opuesta acera, llamó su atención;

no tuvo necesidad de mirarlos, para reconocerlos; su alma le decía: son ellos;

sí, eran ellos acompañados de la madre;

sí, él, que la abandonaba y, la despreciaba; él, que se iba a un baile, mientras ella gemía en la soledad, y, el abandono; él que bailaba ebrio de placer, mientras ella lo aguardaba medio loca de dolor;

como una fiera acosada tuvo un acceso

de rabia, se abalanzó a los cristales de la ventana, quiso abrirlos, llamarlo, y, echarle en cara su perfidia;

el grupo había pasado, sin que dirigiera una mirada siquiera a los balcones de la casa enlutecida, donde ella deliraba...

pronto lo vió entrar a la sala, y, un instante después mezclarse al torbellino de los bailadores, con ella en los brazos;

su mirada brillante indicaba su sueño de felicidad; los dos se hablaban con los ojos, el infinito lenguaje de ternura;

no gritó, se dejó caer en un sillón, y, lágrimas de hondo dolor se escaparon de sus ojos;

absorta los contempló a través de este velo de llanto;

después, como quien hace una resolución suprema, abandonó aquel lugar de su martirio;

los últimos acordes de la música cesaron con las primeras luces de la aurora;

las parejas dichosas dejaron los salones;
la campana tocó a la oración del alba, y, la
luz penetrando a través de los cristales halló a
la pobre madre de rodillas, llorando al pie
de la cuna de su hijo;

allí, había ido a extinguirse la tempestad
de sus pasiones;

al día siguiente, las puertas y, las ven-
tananas herméticamente cerradas, indicaban que
la casa estaba abandonada.

VI

Mucho más de seis meses aquella casa,
la más bella del lugar, estuvo muda y, triste,
con sus balcones y, puertas cerradas y, en-
vuelta en una como nube de tristeza;

los buenos vecinos del lugar que tanto ha-
bían murmurado de la señora, estaban hoy
arrepentidos y, profesaban sincera admira-
ción por la rigidez de aquel luto, guardado
con tanta austeridad;

ella, se había retirado a su hacienda, sin ver a nadie, absolutamente a nadie;

Federico, que en los momentos en que no sentía la fascinación de su amor ideal, sentía el hervor de su sangre juvenil y, los voluptuosos arrebatos, que el creía amor hacia ella, había ido a buscarla, y, no había sido recibido;

volvió con insistencia y, de nuevo fué rechazado;

—Diga usted que soy yo, dijo al implacable mayordomo.

—Ya lo he dicho.

—¿Y, qué dice la señora?

—Que no puede recibir a usted.

—¿Por qué?

—Porque está leyendo.

su orgullo se hería con la trivialidad de la excusa, y, el desprecio con que se le trataba;

aquel amor, era ya para él, un hábito; su juventud, su temperamento ardiente, la so-

ledad de aquel pueblo tan escaso en el placer, la belleza de la mujer que hasta allí, había sido suya, todo había hecho que aquel amor carnal fuese una necesidad, un elemento preciso de su vida;

cuando vió que le faltaba, halló que no tenía con qué reemplazarlo;

escribió cartas tras de cartas, y, todas le fueron devueltas sin abrir;

volvió a presentarse a la casa, y, volvió a ser despedido;

entonces tuvo celos;

pensó, que aquella mujer de fuego no podía vivir sin un amante, y, que había sido reemplazado;

en vano averiguó el nombre de su rival; nadie pudo darle razón;

entonces el recuerdo de la bella viuda, tomó las formas de la obsesión y lo atormentaba en sus sueños con ardientes reminiscencias;

parecíale verla con aquel su negro cabe-

llo destrenzado, sus ojos ardientes y, húmedos en cuyas pupilas se veía él, temblando de placer; aquella boca divina y, sus besos enloquecedores que eran un frenesí, aquellas formas esculturales, aquellas carnes mórbidas, aquellos brazos cuya dulce cadena le parecía sentir aún, y, entonces creía aspirar hasta el perfume voluptuoso de aquella mujer divina, y, pensaba con furia que era imposible reemplazarla por el amor de esas campesinas vulgares, ignorantes del placer, y, de sus secretos, y, a quienes le repugnaba instruir en las pasiones;

sentía inmensos accesos de celos, arrepentimientos tardíos, arrebatos de pasión inmensos;

aquella tempestad se serenaba únicamente cuando el rayo puro y, tranquilo de la mirada de su amada caía sobre él; la luz de aquellos grandes ojos azules lo llenaban de claridades desconocidas.

VII

A través de las vidrieras de la alta y, solitaria casa, se veían brillar algunas luces; díjose en el pueblo que la señora había venido;

el médico de la ciudad cercana había llegado también;

la casa envuelta en la sombra no abría a nadie sus puertas;

era aquello un silencio inexorable, una quietud de claustro; las luces que a intervalos brillaban a través de las vidrieras, parecían hacer más opacas las tinieblas que la rodeaban;

los vecinos que llegaron a preguntar, tuvieron que volverse; la señora no recibía;

la antigua y, vieja sirvienta que la acompañaba, obedecía a esa consigna de dolor o de silencio;

Federico, desde el corredor de la casa de su amada veía las luces, y, se preguntaba: ¿habrá venido? ¿y, por qué hoy?

la presión de la mano perfumada lo sacaba de su abstracción;

reproches dulcísimos, promesas de felicidad, voluptuosidades inocentes, todo un idilio; primeros rumores del himno epitalámico;

pronto el vendaval se desató; el viento hacía gemir las ramas en los árboles; voloteaban las aves caídas de su nido; el agua azotaba los cristales de la alta casa; en la cual sólo se veía una luz, por un postigo abierto, semejante a la pupila inmóvil de un muerto a quien hubiese quedado abierto un ojo;

había allí un silencio de tumba;

bramaba el viento, escuchábase el rumor del trueno en el espacio, cuando se oyeron salir de la casa solitaria, gritos desesperados, gemidos desgarradores como los de un sér a quien arrancaban las entrañas, rugidos de una bestia herida en el bosque, aullidos de

una loba a quien quitaban sus cachorros;
como una súplica, como una maldición, como un grito de locura, se escuchaba clamar en la soledad: ¡mi hijo! ¡mi hijo! ¡hijo de mi alma! ¡hijo mío!... repetía el viento en lúgubre crescendo, y, temblaban las madres en sus lechos, estrechando a los pequeñuelos contra el pecho, y, levantaban azorados los padres la cabeza, mirando al lecho de sus hijos;

el grito horrible cesó al fin...

todo quedó en silencio;

¡quietud profunda... soledad sombría!

VIII

¡Qué bello el sol, tras de la cima helada de los páramos!

no hay una palidez más bella que la palidez del alba;

como una virgen adolescente se sonroja a

la primera mirada del amor, tíñese así, de color de fuego la mañana, cuando el sol va subiendo al horizonte;

y, estaba bella la del día aquel;

las últimas gotas de la lluvia brillaban en los árboles como cintillos de cristal; la humedad de la mañana; las nieblas que se alzaban de los pequeños arroyos; la naturaleza despertaba bella y, perezosa, como una mujer feliz, tras de una noche tempestuosa de amor y, de placer;

el sol bañaba la vetusta iglesia; había muchas flores blancas en los altares, muchos cirios prendidos, mucho incienso; sonaba el órgano sonoro, y, los desposados ebrios de felicidad, cerca el uno del otro, doblaban la cabeza, como dos palomas enamoradas, bajo la bendición del sacerdote;

en el centro de la iglesia, y, como si fuera un obsequio a la feliz pareja, había una mesa cubierta con un paño blanco, llena de rosas

entreabiertas, de lirios blancos, de azucenas salvajes;

en mitad de la ceremonia dos mujeres entraron al templo;

la una, vestida de negro, ocultaba su rostro entre los pliegues del manto;

la otra, anciana, altísima, pálida, descarnada, llevaba sobre el hombro un pequeño féretro forrado en seda blanca, galoneado de oro; y, adentro, el rostro de un serafín con los ojos cerrados como si durmiese, y, cubierto de una túnica de rosas blancas en botón; parecía una bruja de las leyendas, llevándose los niños de los castillos encantados;

era un fantasma conduciendo un cadáver;

al llegar a mitad del templo, y, colocar al niño sobre la mesa, la mujer arrebujaada levantó una punta de su manto para cuidar que su hijo querido quedara bien, como un pájaro dormido entre las rosas;

a vista de tanta luz y, tanta flor en el altar; de tanta concurrencia endomingada, la mujer sorprendida, preguntó a su sirvienta:

—¿Qué es esto?

—No sé, señora, Pascual fué quien arregló esto, y, el señor Cura dijo que trajeran el niño después de la misa.

—Y, ¿sabía de quién era?

—No, puesto que usted lo prohibió.

—Sí, para que no hubiera gente aquí, ¿pero qué hacen tantas personas en la iglesia?

—No sé, señora, como no hemos hablado con nadie desde que vinimos...

—Es verdad.

el órgano y, el canto sonaron entonces en el coro;

las dos mujeres se pusieron de rodillas con las cabezas inclinadas;

bajo el manto de la mujer enlutada se sentía la oración mezclada a los sollozos;

poco después el cortejo descendía del altar;

el pequeño féretro, apenas se notaba bajo

aquel como prado de azucenas; era como una paloma en un nidar de lirios;

la desposada fué la primera que lo vió, y, dió un paso atrás;

Federico lo contempló; su corazón de padre latió con violencia inusitada;

la madre se había puesto a un lado, para dejar pasar la concurrencia, pero el roce de la gente había llevado hacia atrás su manto; el cortejo tocado por aquel dolor, y, aquel cadáver se había detenido un momento;

entonces ella alzó la cabeza: frente a frente estaban los desposados;

Federico bajó los ojos, como abrumado por el peso de una maldición;

ella, dió un grito débil, llevó las manos a los labios, buscó con ojos asombrados a su sirvienta, tuvo fuerzas para ponerse en pie, y, disimular su nueva herida con un grito de madre: ¡hijo mío!

después, como quien siente vacilar la tierra bajo sus pies, tendió las manos, trató

de asirse al paño del catafalco y, se desplomó, llevando en su caída entre sus manos convulsas, un puñado de rosas y, de lirios;

• • • • •
cuando volvió en sí estaba sola en su aposento;

inflexible la vieja sirvienta cumplía la consigna;

nadie había entrado;

la cuna de su hijo estaba allí, como un nido vacío, el pequeñuelo dormía en el cementerio, y, la huella de su cabeza estaba aún en la almohadilla;

la música de su llanto ya no turbaba su sueño; pero, los vientos de la noche traían lejanas armonías, ruidos de músicas alegres;

¡todo lo comprendió! los novios danzaban; el hombre por quien había faltado, y, a quien no había podido expulsar de su corazón, amanecería ese día en brazos de otra mujer, como se había dormido en los de ella;

madre desolada, y, amante celosa, su corazón se desgarraba;

lloró largo tiempo;

después se acercó a las vidrieras del balcón;

la música había cesado, las luces en casa de los desposados se extinguían...

La tempestad de los celos, y, el grito del dolor rugieron en esa alma desgraciada;

el remordimiento dió su último reflejo en aquella alma martirizada, y, en esa soledad para ella poblada del rumor doloroso de besos y, suspiros lejanos, dando una última mirada a la cuna de su hijo, cual si se sintiese transfigurada por el dolor, se dirigió al retrato de su esposo;

dobló ante él las rodillas y, bajó la frente, murmurando:

¡ya estás vengado!





Soñador

I

Fué el primer soñador que conocí;
me parece que lo veo todavía sentado en
la banca de la escuela, mientras el anciano
maestro nos hacía gritar el catecismo o nos
explicaba el Fleury;

él, con las manos en los bolsillos, abstraído,
serio, mirando la pared con sus ojos garzos
y, tristes, inmensamente abiertos y, fijos y,
deslumbrados como si mirara un sol;

era dulce y, serio, bravío y, tierno, parecía

un pájaro del monte, rehacio a domesticarse;
no se inmutaba casi nunca;

el castigo lo sonrojaba, lloraba mucho, luego parecía olvidar su dolor, después abría sus grandes ojos, llenos de lágrimas y, soñaba; sólo dos veces lo vi inmutarse;

un día que el maestro castigaba con su habitual crueldad a un pobre pequeñuelo que gritaba mucho, él, se levantó de su asiento, fué hacia el maestro, le tomó la mano y, le imploró piedad;

la disciplina levantada cayó sobre sus espaldas y, no se movió; continuó su súplica y, cuando vió al niño salvado por él, se volvió a su asiento: estaba sublime;

no se mezclaba nunca a nuestros juegos; no peleaba jamás; pero un día que en el recreo un muchacho tosco y, fornido, con cuello de ternero y, puños hercúleos se lanzó sobre un niño más pequeño y, lo abofeteó, él, se lanzó a la defensa del pequeño, luchó con él, se fueron a tierra, se revolcaron.

lo abofeteaba, lo mordía con furia de animal salvaje, y, cuando ya vencedor, soberbio y, serio se puso en pie, estaba radiante;

en la iglesia le deslumbraba la pompa, la majestad ostentosa, la parte idolátrica y, brillante de la religión; el aspecto hierático, el lujo que el catolicismo conserva del paganismo romano de la decadencia, la ornamentación artística; y, mientras los demás muchachos rezaban, él, se extasiaba mirando las columnas de humo que del incensario subían al techo rojo y, dorado del viejo templo de aldea, la cabellera dorada de un ángel que dominaba el ábside, la blanca barba del Padre Eterno, que asomaba su faz en el arco toral, la cándida paloma mística en campo azul, sobre el sagrario, y, el reflejo que producían los alamares y, lentejuelas de la casulla del cura;

cuando íbamos a bañarnos al cercano río, mientras todos saltaban desnudos de piedra en piedra, sumergiéndose en la corriente pura,

y, asordando el bosque con su ruido, él buscaba el sombrío más espeso, donde la linfa era más pura, y, el remanso más azul, y, allí leía o pensaba, fingiéndose dormido; soñador adolescente ¿en qué soñaba?

II

Después de tres años de ausencia, regresando de la capital de la nación, volví a verlo;

él también había salido de la aldea;

con intenciones de estudiar pedagogía, había ido a la capital del Estado; la antigua y, noble ciudad, con sus escudos de armas esculpidos, aun medio rotos y, profanados, sobre los grandes portales; su arquitectura pesada, vetusta, sombría; sus templos góticos alzando al cielo las agujas de sus altas torres, que ilumina el sol; la sombría muchedumbre de sacerdotes mendicantes o silen-

ciosos; todo el aspecto severo y, triste de la vieja capital, lo había impresionado profundamente;

burlado en sus aspiraciones, decaído de esperanzas, enfermo ya, volvió más triste, más serio, más sombrío a su nativa roca;

cuando fuí a visitarlo aquel día en la mezquina estancia en que vivía con sus padres, especie de nido de pájaros bravíos suspendido a la orilla del peñasco, bajo la inclemencia de los vientos del páramo, y, como inclinado sobre el salvaje estrepitoso torrente, me recibió con el cariño de siempre;

había variado mucho, era un joven campesino, alto, no fornido, con una hermosa cabeza de artista, y, la profunda y, triste mirada de sus ojos garzos;

el estudio había sido su ocupación favorita;

la lectura de poetas había sido su monomanía; lo cual había desarrollado su fantasía y, predispuesto su imaginación al ensueño;

me mostró mucho de lo que había escrito; en pequeños pedazos de papel amarillo, con su letra casi ilegible, había baladas admirables, rimas divinas, canciones llenas de sentimentalismo y, que invitaban a llorar; tenían aquellos versos, una extraña sombra de tristeza, que no he visto en ningunos otros; el medio ambiente estaba allí; no había canción al valle sonriente, a las florestas perfumadas, al arroyo murmurador; las trovas tenían un sonido de torrente despeñado en la hondonada oscura, una tristeza de cielo nebuloso, de ráfagas heladas, de flores muertas bajo la nieve, de cánticos de pájaros salvajes, sobre un álamo enfermo a la orilla de un precipicio...

había allí una historia de amor, que era un sueño; fantasía vaga y, triste como una balada escandinava; amor salvaje y, casto, cantado de roca en roca, en el páramo sombrío; cita bajo las grutas, cerca a los manantiales, entre los helechos húmedos; pasión presen-

tida y, no vivida; anhelos de virginidad agres-
te; irrupción de sueños, que brotaban como
bandadas de pájaros indómitos, produciendo
soberbias armonías; las flores cantadas allí
eran blancas y, tristes como la flor del cactus,
crecían entre las espadañas y, juncos de los
lagos, y, caían al venir la noche sobre las
alas de los ánades dormidos; la virgen de
aquellas canciones se bañaba en esos lagos
como una ondina; la coronaba el poeta de
floreillas azules nacidas en la hendidura
abrupta; venía como Diana en el rayo de
la luna, y sus pupilas eran oscuras, como
el manantial que brota bajo la roca negra;
muchas de estas rimas, logré arrancarle
con intención de publicarlas;

después de tanto tiempo las conservo to-
davía y, quedarán así;

el bardo agreste no sufrirá los embates
de los importadores de poesía y, padres de
la crítica;

cuando en noches de soledad, y, de tristeza,

pienso en la patria, repaso estas hojas amarillas, y creo aspirar perfumes de helechos blancos, y, me parece que soplan sobre mi frente los vientos de los páramos nativos.

III

La vez postrera que lo vi, éramos ya hombres formados; yo había venido a abrazar a mi madre y, él, venía a enterrar a la suya; lo acompañé hasta la salida del pueblo, cuando regresaba a su hogar abandonado; atravesamos silenciosos la sola y, larga calle del poblado;

el sol, al ocultarse producía un fulgor triste sobre los techos pajizos, y los sauces y, álamos se balanceaban lentamente;

llegados al puente en que termina el pueblo, nos dijimos adiós; poco tiempo después

dominó la pequeña altura, me saludó con el sombrero, se detuvo un momento y, desapareció al fin en el declive, en el cual reinaba ya la sombra de aquella tarde moribunda...

.
rugió la tempestad política, y aventóme lejos;

pasó la ola de fuego y, arruinó el cortijo;
pasó el ala de la muerte y, se llevó al cantor...

volverá el peregrino, andarás por el valle,
allá donde florece la retama, cantan las tórtolas y, perfuman los tomillos;

y, allá, en la ceja abrupta, en el páramo inclemente, el bardo agreste y, nemoroso, no cantará ya las canciones de su extraña musa;

talado está el cortijo, tupido el monte, sombría la selva...

de tarde, ábrese flores pálidas y, extrañas; revienta la ola murmurante contra la peña negra; canta una ave sobre el álamo

mustio; óyense extraños rumores, y, brillan
las estrellas en el remanso azul, sobre el
nenúfar blanco;

¡pasa el poeta!...



Superstición

I

¿Te parece extraño que yo, que no soy cobarde, ni creyente, tenga una especie de miedo a esos animales? me decía mi amigo Jorge, tratando de dominar la impresión nerviosa que le había producido la vista de una mariposa negra, que después de revolotear en torno de mi lámpara, había ido a posarse en la moldura de un espejo, agitando intermitentemente sus negras y, deformes alas;

—Ya lo creo.

—¿Conociste a mi prima Berta?

—¡Oh sí, bellísima mujer!

—Pues oye; a ella se refiere lo que voy a contarte:

tú sabes bien que yo, la amaba como a una hermana; había crecido y, vivido al lado de nosotros, por desgraciadas razones de hogar que tú conoces; esta lejanía de su madre, separada de ella primero, y, muerta después;

el despego con que la trataba mi tío; que vengaba en el desamor a la hija, la ofensa hecha por la madre, y, que sólo de vez en cuando la escribía desde Europa; la soledad de nuestra vieja casa de familia, todo había hecho su carácter miedoso, meditabundo, lleno de supersticiones;

recordarás que su belleza tenía algo de raro y, de triste; sus grandes ojos negros, que miraban como asombrados, tenían a veces extrañas vaguedades, estupefacción como de sueños medrosos, como si todas las soleda-

des de su vida se reflejasen en ellos; era una mirada que infundía una tristeza infinita y, atraía con fuerza hacia aquella criatura desventurada;

todo en ella era flébil y, armónico; su elegancia tan ponderada nacía casi de su propia delgadez; la distinción de su rostro venía más que de sus facciones, de aquella palidez marmórea que no se alteraba nunca y, de la extraña sombra que proyectaba sobre su frente aquella inmensa cabellera castaña tan indómita cuando no se la dejaba despeñarse en ondas, hasta más abajo de la cintura; esa extraña debilidad de su cuerpo, parecía haberse comunicado a su espíritu;

creía en los presentimientos, en los aparecidos, en el destino; soñaba con los muertos, y, creía siempre sinceramente en los fantasmas; no adornó nunca su cuello, ni engalanó sus dedos con una perla, por ser piedra fática, y, cuantas le dejó su madre en su herencia de mundana rica, las regaló a una

Virgen de la iglesia de nuestro pueblo; aconsejaba a los niños no apedrear a las golondrinas, porque se hacían desgraciados; por sobre todo, su preocupación mayor era ese animal, ese funesto animal, dijo mi amigo casi con furia, mirando la mariposa que inmóvil sobre la moldura del espejo, parecía prestar aliento oído a nuestra conversación;

—Pobre Berta, continuó Jorge; y, tenía razón, como vas a verlo;

después de aquellos tres años, que tú recuerdas, en que estuvimos juntos en el colegio, volví a mi pueblo natal;

en mi casa no había sino mi madre y, Berta; mi padre había muerto ya;

con el cariño de esta madre y, de esta hermana, que no otra cosa era Berta para mí, me consolaba de mi orfandad paternal, y, de las desgracias pecuniarias que habían ocasionado mi retirada del colegio;

Berta había crecido mucho, se había hecho bellísima, pero habían aumentado también

en ella ese sentimentalismo exagerado que fué la desgracia de su vida, y, ese miedo a lo sobrenatural que era su tormento;

fué en ese tiempo cuando vi por primera vez el miedo que profesaba a esos funestos animales; y, al decir esto mi amigo miró la mariposa como temeroso de que oyese su calificativo insultante;

vivíamos entonces, continuó, en *El Amparo*, la quinta esa que tú conociste y, que queda a unas diez calles distante del poblado;

una tarde habíamos ido con Berta a visitar a unas amigas suyas a una hacienda cercana y, regresábamos casi al anochecer; era una puesta de sol espléndida; tú conoces el valle de *Sorento*, donde queda mi pueblo; los árboles que amparan los cafetales frondosos hacían más obscura la sombra que la noche iba extendiendo en el cielo;

sobre la lejana sierra del *Robledal*, el sol, rojo como un globo de fuego, parecía como si fuese el incendio de la selva, y, algunos

robles, como fugitivos por las escarpaduras, diríase que escapaban de la catástrofe; las nubes parecían como inmensos pájaros salvajes; sobre la altura de la *Concepción*, la blanca capilla de la Virgen, semejaba una paloma que hubiese posado el vuelo allí, sorprendida por la noche, y, el valle cubierto por la sombra, parecía un *bouquet* de naranjos, lirios y, terebintos, sobre el cual alzaban sus flores rojas los guayacanes;

yo iba adelante, domando un potro que con tal objeto había montado, y, Berta me seguía en su caballo *Tordo*, que ella dominaba tan bien;

con lo poco de poeta, que hay en mí, iba contemplando aquel crepúsculo admirable que doraba el cielo de mi nativo valle, cuando oí un grito angustiado de Berta;

volví a verla; ella había soltado las riendas; pálida, como enloquecida se llevaba las manos a la cabeza, gritando: ¡quítamela! ¡quítamela! y, arrojó lejos el sombrero;

a este movimiento el caballo se espantó, y, no teniendo riendas que lo sujetaran, partió en carrera tendida por el decenso; Berta cayó al suelo: enredada en el traje fué arrastrada por el caballo, que ansioso de liberarse del peso que llevaba, le puso por dos veces las patas en el pecho;

yo, alcancé a socorrerla; la recogí exánime del camino y, recliné su cabeza contra mi pecho; tenía los ojos cerrados y, oleadas de sangre le salían de la boca;

campesinos cercanos me ayudaron a conducirla a casa;

era ya muy tarde de aquella noche triste, cuando mi madre se acercó a la mesa donde la buena mujer que había recogido el sombrero de Berta lo había colocado;

al desdoblar el velo de encaje blanco, algo extendido salió de entre sus pliegues; cayó al suelo primero, y, luego se alzó con torpe vuelo, y fué a posarse entre las blancas cortinas de la cama de mi prima;

era una mariposa negra; la misma que saliendo de entre el bosque, había ido a posarse en el velo de Berta, ocasionando la catástrofe;

la niña dormía, pero estaba herida de muerte; su funesta enfermedad del pecho nació de aquella caída;

calló mi amigo y, clavó una mirada de rencor en el extraño animal, que como para oír mejor, se había pegado al estante de libros cerca del cual conversaba él.

II

Un año después, continuó Jorge, Berta y yo conversábamos en la sala de la casa;

no se hablaba sino de la guerra;

el país, de un extremo a otro, era un campamento, ejércitos que cruzaban en diversas direcciones; tropas ligeras que ocupaban y, desocupaban el pueblo;

ruidos de encuentros parciales y, de batallas, era lo único que había;

mi prima, que hacía apenas cuatro meses había celebrado su compromiso de matrimonio con Alejandro D... a quien tú conociste también en el colegio, estaba inquieta, porque hacía ya quince días que nada sabía de él;

yo, le hacía creer que estaba en la Capital, y, que los correos no podían circular por motivo de la guerra, ocultándole que había salido de la ciudad enrolado en un ejército y, que de un pueblo cercano me había escrito anunciándome que seguía al Norte con las fuerzas que mandaba;

yo, temía mucho impresionar su carácter nervioso, lleno siempre de ideas negras, y de tristes presentimientos;

la noche era fría y, lluviosa, el pueblo estaba solitario, la calle fangosa, parecía un arroyo de lodo, las casas estaban cerradas, los perros aullaban tristemente, y, sólo el

paso de las patrullas, y, el *¡alto quién vive!* interrumpían el silencio;

Berta estaba más nerviosa que nunca: su mirada llena de susto, se fijaba en la lámpara y, se estremecía al menor ruido que de fuera llegaba;

—Cierra la puerta, me dijo con voz temblorosa;

fuí a obedecerla y, al acercarme a la puerta, sentí que algo se desprendía de la cornisa; era una mariposa, que fué a revolotear encima de la lámpara;

Berta dió un grito horrible y, se refugió en un rincón, con los ojos y, la boca abiertos, temblando como azogada;

—No temas, le dije: ahora la mataremos; y, tomando uno de los cojines del sofá, lo tiré contra el muro donde se había detenido el animal; torpemente dirigido, cayó sobre la lámpara y, quedamos en tinieblas;

Berta exhaló un gemido; corrí a su en-

cuentro en la sombra y, alcancé a tomarla en mis brazos;

mi madre, que acudió a los gritos, hizo luz en el aposento; pusimos sobre un sofá a la pobre niña desmayada;

mientras mi madre la hacía volver en sí, yo busqué la funesta mariposa;

allí estaba, allí, sobre el marco pequeño del retrato de Alejandro, proyectando una sombra triste sobre aquella cabeza juvenil;

pocos días después, supimos la funesta nueva; había muerto peleando como un héroe.

era el 27 de Enero, el mismo día del accidente de Berta.

III

Nada la consolaba; y, desde entonces empezó a declinar visiblemente;

—Ya te lo he dicho, yo, no seré nunca feliz, me repetía constantemente;

en vano hacíamos por 'distraerla, y, nos conformamos con tratar sólo de prolongar los días de aquella existencia tan querida;

entonces nos trasladamos al *Juncal*; ya conoces la vieja casa 'situada sobre la eminen- nencia y, el llano árido;

allí el paisaje es 'triste, el horizonte monó- tono; pero los aires 'puros son la salud de los lísicos;

'una noche de diciembre, en que había es- tado muy enferma, mi madre y, yo le ha- cíamos compañía;

vestida en negro, como acostumbrada desde la muerte de Alejandro, 'reclinada en almoha- dones, sobre uno de los cuales la trenza in- mensa de su pelo, 'parecía una serpiente que se desperezase, hacía esfuerzos por hablar y, sonreía ante la muerte 'que veía avanzar ha- cia ella;

mi madre, acariciándole la cabeza, trata- ba de desvanecerle las ideas lúgubres, y, yo,

sonriendo forzado, hacía burla de sus sentimientos;

yo, sabía bien, que no eran infundados; hacía días que esperaba el resultado;

la menor emoción la matará, había dicho el médico; los tísicos mueren hablando;

era ya tarde;

mi madre se había dormido al lado de la enferma; y, Berta, cerrando los ojos parecía dormir también;

de súbito dió un grito, su grito nervioso de siempre;

me acerqué a verla, trémula de temor no podía hablar y, con el dedo me señalaba algo; volví a mirar; allí sobre el muro, como un pequeño abanico, extendía sus dos alas una mariposa negra;

ciego de rabia me lancé contra el animal; lo perseguí por todo el cuarto;

tumbando mesas, hollando muebles, logré apoderarme de él;

lo traje cerca a la cama, tomé un alfiler, y,

desde un punto donde Berta pudiera verlo bien, lo clavé a la pared;

la mariposa cruzó sus alas sobre las espaldas; después las agitó por tres veces lenta y, pausadamente...

a la tercera vez no se movió más;

había muerto;

entonces volví a ver a mi prima para hacerla gozar de mi triunfo...

con los ojos desmesuradamente abiertos, mirando la mariposa, pálida, desencajada, estaba la niña...

había muerto también.

calló mi amigo bajo el peso del recuerdo doloroso;

entonces me levanté para arrojar fuera al siniestro huésped, que aún permanecía sobre el estante;

como si lo hubiese comprendido, la mariposa alzó el vuelo, y, revoloteó hasta venir a posarse sobre la pechera inmaculada de la camisa de mi amigo;

lívido, tembloroso, Jorge retrocedió, ahogando un grito y, yo dejé caer mi mano sobre el animal, que cayó al suelo dejando un polvillo negro en la pechera irreprochable;

en este momento tocaron a la puerta;

era un telegrama para Jorge;

ábrelo tú, ábrelo tú, me dijo temblando;

lo abrí; era de su esposa; «Mamá se ha salvado» le decía;

era que su suegra, atacada de parálisis, estaba esperando la muerte por momentos, y, los médicos la habían salvado;

—¿No te lo decía? murmuró Jorge, pasándose la mano por la frente; yo, esperaba ya una mala noticia; tenía que pasarme una desgracia;

y, dió con el pie a la mariposa muerta;

—Por este animal, por este animal, gruñó con cólera, y, se marchó;

desde entonces tengo miedo a las mariposas negras;

son fatales.



Claudio

I

Borrábase la luz en el cielo;

livideces sombrías que ya no coloreaba
el sol, formaban un como nimbo pálido a
las estrellas que iban asomando lentamente;

allá la casa de la hacienda, oculta entre
naranjos, y, árboles copudos; los potreros
monótonos, con vacadas apacibles; los ca-
ñaverales amarillos, poblados de palomas y,
tordos salvajes, y, palomas azules; y, más

allá, la negra proyección de la montaña, a cuya orilla, manso y, apacible se arrastraba el río, retratando en sus ondas perezosas aquel cielo gris y, triste de una tarde brumosa, que hacía pensar en la ausencia y, en la muerte...

solitaria y, pensativa bajaba la vereda, la niña de los ojos verdes, y, los cabellos castaños, que era el encanto y, la alegría de aquellos campos, y, como una ninfa escapada a las compañeras de Diana, hollando apenas la menuda hierba, se perdió en los cañaverales susurrantes llenos de melancólicos ruidos...

al pie del arroyo, en la hondonada sombría, bajo los sauces llorones, sentóse meditabunda, y, esperó...

su mirada triste y, vaga hundíase en el fondo obscuro de la selva, y, alzándose luego parecía interrogar el horizonte;

el canto de un gaudul sonó a lo lejos; vibró en el aire el sonido de aquella voz

adolescente, mezclada al murmullo apacible de las ondas del arroyo, y, al ruido del viento que jugaba con las hojas desprendidas, entre los cañaverales de la orilla;

el rostro de la joven se alegró al sonido de la voz amiga;

pronto en la orilla opuesta del río, vióse aparecer al joven campesino que cantaba; parecía un pescador napolitano con sus cabellos negros caídos sobre la frente, su mirada resuelta y, algo sombría, y, su pálida tez morena tostada por el sol;

a la vista de la joven, tuvo un como resplandor de alegría, pasó el arroyo, saltando de piedra en piedra, y, llegó hasta ella;

—¿Qué haces aquí?

—Vine a ver si Pedro llegaba.

inmutóse el rostro del muchacho, una nube sombría le pasó por la frente y, calló;

—¿No lo has encontrado por ahí?

—No.

la joven suspiró;

—¿Lo esperabas?

—Sí, me había dicho que vendría esta tarde; al hablar así los ojos de la niña se humedecieron;

—¿Lo quieres mucho? preguntó él, con voz convulsa;

—Sí, mucho, ¿crees que de otro modo me casaría con él?

—Es verdad.

calló el joven, y, quedó como abstraído en su pensamiento doloroso;

—Ayúdame a bajar, díjole ella, que por mirar a mayor distancia habíase encaramado en una piedra, y, le tendió los brazos;

tomóla él, por el talle, y, la puso en el suelo; el seno de la joven estuvo cerca a su rostro, y, su cabellera perfumada le rozó las mejillas;

soltóla el muchacho como una brasa ardiendo, y, se quedó temblando...

ligera como una ardilla la joven trepó por

el sendero, y, bien pronto desapareció en un recodo del camino;

entonces puso sus manos sobre la piedra en que ella había estado, reclinó allí la cabeza y, meditó;

toda la corta y, 'desgraciada historia de su vida, le pasó por la imaginación;

la noche aquella en que su padre, antiguo mayordomo de la hacienda, ya moribundo, lo recomendó a la *Señora*; todo el cariño, las atenciones y, la 'solicitud que aquella mujer angelical había tenido para él; en aquella casa había 'vivido 'no como el huérfano de un antiguo sirviente, sino como un hijo;

allí había engrandecido al lado de Elisa, esa joven hoy tan hermosa, y, que lo miraba como su hermano; juntos habían corrido por aquellos prados, trepando por esos senderos, jugando al escondite en aquellos cañaverales, y, le parecía oír aún el grito de sorpresa, y, el sonido 'argentino 'de su carcajada infantil al ser hallada bajo algún ramal es-

peso, de cuyas hojas salía lleno el cabello, como si llevase la corona de una sacerdotisa antigua;

¡cuán inocentemente había crecido, obediéndola él, hasta en sus menores caprichos, acabando de domar los caballos que para ella eran destinados, cuidando sus perros favoritos, poniendo trampas para aprisionarle turpiales y, mirlas blancas, y, trayéndole para adornar su altar los helechos más raros, y, las flores más preciosas de la montaña!

¡con cuánta piadosa admiración la contemplaba al venir del baño, fresca como una azucena húmeda todavía por la reciente lluvia; su cabellera de un color castaño obscuro que parecía casi negro; tersa la cutis de su rostro pálido, ligeramente coloreado de rosas; y, entre sus negras pestañas, sus ojos verdes de un color obscuro como el del limo de ciertas aguas estancadas, bajo grandes hojas negras, y, que son las pri-

meras en cubrirse de sombra, cuando la tarde muere!

aquellos largos paseos a caballo, el reposo bajo los árboles, en los bosques odorantes, y, el regreso a la casa, lento y, pausado, con el silencio de tristezas sin nombre, y, la melancolía de esos vagos crepúsculos otoñales...

y, la vez primera en que ya salido de la adolescencia, se había sentido hombre en presencia de ella, cuando al pasar un arroyo acrecido se había alzado tanto el traje, que había dejado ver formas esculturales; y, otra vez que había tenido que cerrar los ojos para no verla salir de las ondas del arroyo como Venus de las espumas del mar... su castidad indolente y, orgullosa, proveniente de una especie de atonía, que el deslumbramiento de aquella belleza le había producido; era su arquetipo, fuera de ella, nada lo deslumbraba, ni despertaba deseos en su naturaleza sugestionada así;

todos sus sueños, y, sus desvaríos virginales, todos los idilios de su imaginación agresiva, todas las energías de su alma adolescente, todas sus tristezas bravías, sus pasiones embrionarias, su vida toda, no había tenido más que un solo objeto: ella;

¡y, lo venía a comprender ahora!

¡ahora que se la arrebataban!

haber vivido toda su vida cerca de ella, y, para ella, en un culto contemplativo, en un éxtasis semidivino, en un anonadamiento completo de sí mismo, en la piadosa tarea de adorarla para que vinieran luego, y, en un instante a romper su idilio, a apagar su sol, a llevarse su vida...

había bastado que un hombre extraño viniese a esa soledad, que se acercase a ella, para que ese desconocido poseyese su corazón, y, hablase de llevársela...

se casaría, y, se iría;

y, él, quedaría solo en aquellos campos, en donde había vivido con ella y, para ella;

¡y, acaso no volvería nunca!
se llevaban su vida, y, ni ella ni él, lo sa-
brían jamás;
lo matarían riéndose y, burlándose;
¡ah, besarla a ella!
¡a ella, que era todo para él!
entonces tuvo estremecimientos de soberbia,
y, languideces de dolor;
alzó al cielo su faz indignada llena de lá-
grimas;
después se puso en pie, y, se dirigió a la
casa;
la noche había llegado, la atmósfera tenía
olor a cañaverales; murmuraba el arroyo y,
la última paloma azul arrullaba tristemente
en los jarales cercanos.

II

Abajo rumoroso el torrente, poblando la
hondonada con el ruido de sus aguas tumul-
tuosas y, mugidoras, que estrellándose de pie-

dra en piedra, salpicaba de espumas los líquenes de la orilla, y, envolvía en una como gasa de nieblas las florecillas azules y, blancas que esmaltaban la ribera; los pájaros azorados, volaban de una a otra orilla, y los añosos árboles se inclinaban como para tratar de adormecer aquel inquieto y, rumboso hijo de las selvas;

a un lado y, a otro, las alturas inmensas; rocas como tajadas a cincel, hechas para nidos de águilas, y, serpenteando por las laderas abruptas, los senderos abiertos por los cazadores de venados;

en lo más alto de una roca, en el pico enhiesto, a la sombra de un árbol estaba un hombre; inmóvil, confundíase de lejos con el tronco del árbol mismo; era Claudio;

apoyado en su escopeta, esperaba;

¿qué?

el paso de la presa;

oíase a lo lejos el grito de los cazadores, y, el ladrido de los perros;

Claudio meditaba;

—Aparecerá por aquel sendero—decía él;
vendrá persiguiendo el venado.

—Yo, apuntaré desde aquí al animal y... le
daré a él;

—El tiro será infalible; yo bajo desde aquí
unas tras otras las bellotas de aquel árbol,
¿cómo no darle a él?

una vez herido en el sendero, rodará al
abismo, sus manos no tendrán de qué aga-
rrarse y, caerá en el torrente hecho pedazos;
las ondas harán lo demás;

ella, llorará un poco, se consolará al fin,
y, no se irá nunca;

en aquel monólogo del delito, sostenido al
borde del precipicio, la figura del joven cam-
pesino se movía inquieta en el fondo verde-
oscuro de la selva;

ligero, como un corzo, descendió algo más
por el abrupto peñón y, deslizándose por
entre las ramas, se acostó en un árbol que

avanzaba su tronco centenario sobre el abismo;

allí preparó el arma y, esperó;

los gritos del cazador y, el ladrido de los perros, se acercaban; la presa estaba cerca;

con la mirada fija en el único punto en claro de la opuesta orilla, Claudio anhelante y, trémulo esperaba; por allí pasarían ambos, el venado perseguido y, él;

pronto se escucharon las voces de los cazadores; vióseles aparecer y, desaparecer entre los zarzales, y, el ruido de guijarros que se desprendían hacia el torrente marcaban la aproximidad del venado;

Claudio tomó la puntería; asombrado y, mirando hacia el torrente, un ciervo jadeante cruzó de un salto aquel pedazo de sendero en descubierto;

un leve estremecimiento de hojas, indicaba la aproximación de la víctima; no había duda; Pedro asomaba;

Claudio disparó;

el segundo ciervo que salía del matorral en aquel momento, cayó herido en el salto;

—¡Bravo, Claudio, bravo! gritó Pedro, asomando su cabeza por entre las zarzas de la orilla opuesta; ¡muerto, bien muerto está!

el campesino absorto se quedó como mirando en la sombra, inclinó la cabeza y, contempló el abismo a sus pies;

estrellábanse las olas, mugía la corriente, jugueteaban las espumas, y, pájaros mudos volaban en redor;

recogió su escopeta, y, emprendió silencioso la ascensión del peñasco;

después descendió al valle;

brillaba el sol, cantaban los jilgueros, las flores silvestres abrían sus cálices y, oculta en el follaje se alzaba la casa solariega;

allí estaba ella, que había salido hasta el patio, al encuentro de su amante;

él, la enlazó por el talle, y, ebrios de felicidad, entraron a la sala;

—Así se la llevará mañana, murmuró Claudio, con voz ronca;

y, ahogando un suspiro, se perdió en las obscuras alamedas del jardín que rodeaba la casa, y, desapareció en la penumbra del ramaje, y, de la noche, en medio de la sombra, y, el silencio.

III

Aquel día, cuando entre los cantos de los pájaros, todos despertaron en la hacienda alegres y, festivos, se preparaban para concurrir a la ceremonia del matrimonio, en el oratorio de la casa; sólo él, hōsco y, sombrío, en su aposento, se abrazaba con desesperación a su dolor, como un hijo al cadáver de su madre;

en vano fué ella misma radiante de felicidad y, de hermosura, a recordarle con fraternal cariño, que ya se aproximaba la hora de la ceremonia;

—Es necesario que vengas; hoy, es el día más feliz de mi vida, y, quiero que estén conmigo los que amo.

—¿Eres muy feliz?

—Sí, mucho.

—¿Y no sientes irte?

—¡Oh sí! por mi madre... y, por tí, murmuró luego.

—¿Estás enfadado? ¿estás triste? dijo ella con ternura infinita, poniendo su mano sobre la frente del joven, que la había inclinado sobre la mesa;

al contacto de aquella mano suavísima se estremeció;

—Déjame, déjame, exclamó retrocediendo y, fijando en ella una mirada extraviada;

todos sus deseos y, sus venganzas de hombre estallaban en él;

—¿Si yo cerrase esa puerta—se dijo para sí—si olvidándolo todo, yo la poseyese aquí, así violada y deshonorada, la tomaría aquel hombre?

entonces la miró con extrañeza profunda, y, ante la mirada cándida y, llorosa de ella, retrocedió espantado y, temblando;

—¿Qué tienes? dijo ella, ¿estás enfermo?

—Déjame, déjame, volvió a decir el desgraciado, y, dejándose caer sobre un sillón prorrumpió a llorar;

todos los consuelos que una hermana amorosa puede dar, todos se los brindó su compañera de infancia;

el secreto de su amor era inviolable; permaneció en el fondo de su pecho; nada dijo;

—¿Vendrás? dijo ella al despedirse, enjugándose las lágrimas;

—Sí;

cuando la niña salió, cerró tras de ella la puerta, y, sólo con su dolor, estuvo inmóvil, con la mirada fija de los ciegos, y, de las estatuas;

allí, sobre el lecho estaba su ropa preparada por ella; a la cábecera de la cama, la virgen que ella misma había colocado allí,

su retrato sobre una mesa... todo estaba perfumado de su persona y, su recuerdo...

el ruido de la comitiva que atravesaba por el corredor, lo sacó de su abstracción, y, absorto, como fascinado, la vió a ella salir de la sala, vestida en blanco, coronada de azahares, dando el brazo a su esposo, y, mirando con amante inquietud, esa puerta de donde esperaba ver salir al hermano de su alma;

cuando todos estaban en el oratorio, salió furtivamente, ensilló su caballo, y, cual si fuesen persiguiéndolo, atravesó los collados y, las arboledas sombrías y, se perdió en las sinuosidades y, sombras de la montaña.

IV

Entre tanto que los últimos convidados conversaban en la sala y, sonaba el piano, y, los acordes de la música iban a perderse en la soledad de la noche, y, el misterio de los bosques cercanos, una sombra atrave-

saba los corredores de la casa, y, se ocultaba tras una de las altas columnas, lejos de los ruidos y, la luz;

cantaba el ruiseñor de las montañas, algo como el epitalamio de las aves, cuando los esposos abandonaron la sala, y, se encaminaron furtivamente a su aposento;

al pasar por el ancho corredor cerca a la sombra aquella apoyada en la columna, escuchóse la música de un beso y, la joven desposada, caída sobre el hombro de su amado, pasó como una visión, cerca al dolor de aquél que la miraba sin escuchar el gemido ahogado que sonara en torno de ella;

¡ay, que la felicidad es egoísta!

cuando reinó el silencio y, el ángel del amor, con el dedo sobre los labios, quedó a la puerta del templo de Himeneo, el hombre que se ocultaba a la sombra de la columna, como una estatua que se apartase de un bajo relieve; cual si se desprendiese de un zócalo, avanzó...

no por la puerta del corredor, y, sí por la preparada adrede, entró al aposento;

había adentro himno de lágrimas, rumor de besos;

aquella música de pasión lo enloquecía;
caminando en la sombra llegó a la orilla del lecho;

la respiración era anhelosa, y, las caricias repetidas;

ebrio de pasión, tembló el hombre celoso;
el himno, lo enardecía;

si un rayo de luz hubiese habido adentro, habría brillado en la hoja del ancho puñal que levantó;

—Qué feliz soy,—dijo una voz de arrullo y, de caricias;

aquel acento, aquella voz querida, el eco de esa música soñada, despertando todo el poema del amor, hizo luz en el cerebro oscurecido, y, la idea del crimen escapóse fugitiva;

el puñal, bajó silencioso como se había elevado;

Claudio, volvió la espalda al lecho del amor, y, como un sonámbulo, caminó en la sombra; viósele abandonar los aposentos y, seguir silencioso las obscuras alamedas de naranjos, llenas de perfumes y, sombras, misterio y, poesía;

el sombrío soñador, movía los labios y, miraba al cielo;

había una como transfiguración en su rostro;

parecía no sufrir ya; caminaba como si llevase del brazo a su adorada y, fuesen al altar de Himeneo;

brillaban sobre su cabeza los astros, agitaban su blonda cabellera las brisas perfumadas, rodaban las hojas a su paso, y, noctámbulo, extático, hundía su mirada inmóvil en la profunda sombra que había delante de él;

perezoso arrastraba el río sus negras on-

das sin rumores, y, oscuros remansos formaba a la sombra de los viejos sicomoros, y, las robustas encinas;

Brisas húmedas y, frías vagaban en la ribera, extrañas fosforescencias había en el bosque, y, la luna a través de los árboles formaba vagas claridades en la corriente negra;

el visionario desesperado llegó a la orilla, no se detuvo, avanzó y, avanzó en él;

al fin perdió el terreno bajo sus plantas, y, sin murmurar una palabra, sin inclinar la cabeza, desapareció en la corriente;

hundióse; remolinearon en torno las olas frías; desprendiéronse de los naranjos de la orilla azahares en flor, cantó el ruiseñor de la montaña, y, titilaron las estrellas en el remanso del río.





Santa

I

Blanca, blanca, toda en blanco, con blancura sideral;

blanco el lecho, donde el cuerpo inerme y, rígido, una estatua yacente, en mármoreo cenotafio, parecía;

de los blancos almohadones emergía su cabeza medusaria;

hecha en cera se diría;

y, envolvían esa cabeza, blancos linos, como tocas;

blanco el rostro, que en la albura circundante se borraba, se esfumaba, y sus líneas se perdían en el blanco tumular de los muros, y del techo...

Los dos ojos de carbunclos, esplendían entre ojeras y se hacían negros, profundos, cual dos pozos, mercuriales, circundados de ramajes;

la paz blanca y, luminosa de la estancia, acariciaba las blancuras del altar, diminuto y primitivo, donde un Cristo agonizaba entre rosas apócrifas, bajo su halo de metal;

una lámpara votiva alumbraba al Cristo escuálido y, su madre dolorosa;

sus reflejos hiperdulios se extendían hasta el lecho de la enferma, proyectando sobre ella, livideces de cadáver;

ésta, yacía inmóvil, las manos cruzadas sobre el pecho, unas manos tan blancas, que se dirían dos lirios de alabastro, ligeramente manchadas al centro por dos manchas ro-

jas, de un rojo pálido, semejando y reproduciendo los estigmas de la crucifixión;

los pies, puestos al desnudo, fuera de las sábanas los reproducían también;

los visitantes eran admitidos, a besar aquellas llagas, que eran reproducción de las del Salvador, y, a recibir la bendición de aquellas manos, cuya imposición hacía milagros;

era: la SANTA;

se contaban de ella, cosas extraordinarias y, desconcertantes;

en su juventud, había sido una hembra de placer, una mujer perdida, cuya vida, era el escándalo del pueblo...

Dios, había tenido piedad de ella, y, el rayo de Damasco, había brillado sobre su camino de perdición, salido de los labios de un Apóstol, un joven levita, llegado al pueblo, con los dones de la palabra y, de la santidad; bello y, elocuente, como el Bautista, que despertó los ardores de Salomé, sin aplacarlos;

y, él, había atraído con su palabra, el alma versátil de la pecadora, había bajado hasta el lodo en que yacía, y, tomando en sus brazos la oveja leprosa, la había llevado ya salva, al rebaño del Señor;

la había sanado con su palabra, y, se deleitaba en su obra de Salvador de almas;

la nueva y, ardiente Magdalena convertida, se puso, como la otra, a amar con tal gratitud a su Maestro, que los superiores del joven levita se alarmaron, y, lo alejaron de allí, temerosos de que la convertida, pudiese un día convertirlo al mal, y, el pastor pareciese devorado por la oveja que había salvado, hecha una loba de perdición;

sin el Maestro, la conversa, creyó morir de pena;

como si guardara el duelo de aquél que la había salvado, se encerró en su casa y, nadie volvió a verla;

al decir de la gente hacía penitencia... y, muchas noches, se oían sus gemidos, debi-

dos sin duda al dolor de sus maceraciones;
nadie llegaba hasta ella, que no fuera su
tía, una vieja, hecha taciturna y, silenciosa,
después de la conversión de su sobrina de
cuyos estípidos vivía;

un año duró aquella claustración;

al fin de él, se supo que la reclusa volun-
taria había caído enferma;

• los ayunos y, las maceraciones la habían
postrado en el lecho;

las gentes piadosas del pueblo, se apresu-
raron a rodear a la que así sufría, por su
arrepentimiento, se apresuraron a venerarla
y, a sostenerla, y, las limosnas empezaron a
llenar la alcancía puesta al pie del lecho;

poco a poco la leyenda de su santidad,
fué tomando cuerpo;

se habló de sus visiones y de sus predic-
ciones;

y, empezó a hacer milagros;

se dijo que Dios, la visitaba en las noches,
para decirle sus vaticinios;

y, un día, aparecieron en sus manos y en sus pies, como en los de otros santos, los estígmata que los clavos de la crucifixión, habían hecho en las manos y, en los pies del Cristo y que éste llevó al sepulcro;

ante este milagro, la leyenda de la santidad, engrandeció enormemente; y, ya no tuvo incrédulos;

todos fueron a besar los pies y las manos de la Santa;

y, se organizaron peregrinaciones de los pueblos vecinos, para venir a besar los divinos estígmata, y, a implorar de la Santa, las cosas que se deseaban;

los milagros, se multiplicaban en la fantasía popular, y, los peregrinos afluían, cada vez de más lejos y, más numerosos;

esas romerías favorecían al pueblo y, a la iglesia, porque la Santa exigía para que sus milagros fuesen cumplidos, tres días de comunión y tres misas oídas, en cierta capilla del templo parroquial;

eso hacía el negocio del cura y, de las hospederías, que rebosaban de clientes;

la teomancia de la Santa, esparcida en profecías absurdas, iba llevada por el eco, a pueblos y ciudades remotas;

la imposición de sus manos, curaba las enfermedades, detenía la muerte, hacía la paz en los hogares, y traía la suerte en los negocios;

tocando la cabeza de los niños, los hacía felices para toda la vida; tocando el vientre de las mujeres, los hacía fecundos; los enamorados que pedían su patrocinio, eran amados del objeto de su amor; los viajeros, tenían buen viaje, y, los comerciantes buenos negocios, si la bendición de la Santa, los acompañaba en sus andanzas y, negocios;

ella decía dónde estaban los tesoros enterrados, y, como hablaba con los difuntos, ella decía a los vivos las voluntades de aquéllos, y, muchas mandas y, herencias se rigieron por sus dictados;

los peregrinajes se hacían interminables, en la pequeña casa situada en las afueras del pueblo, y sólo en la noche la Santa podía entrar en la Soledad, y, en la Oración; y, era a esa hora cuando ángeles invisibles la alimentaban, y Dios venía a visitarla, para renovar en ella sus estigmas...

no podía moverse del lecho, donde estaba clavada por el dolor como en una cruz, y, cuando una vez por semana, le traían el viático, el pueblo todo venía a acompañarlo, y, de rodillas en la casa y fuera de ella, entonaba cánticos, que terminaban en alaridos extraños, como de poseídos;

la habitación por donde desfilaban los peregrinos, y, en la cual estaba el lecho de la enferma, era tan estrecha, que apenas podían pasar uno a uno, arrodillarse, recibir la imposición de las manos, decir a la Santa lo que de su patrocinio se deseaba, y, salir por una puerta frontera, a aquélla por la cual habían entrado, no sin antes depositar en

la arquilla, sita en el muro al pie del lecho, la limosna que debía asegurar la realización del milagro ya pedido;

las manos consagradas por las divinas heridas, se posaban sobre las cabezas genuflexas, mientras la vidente, como sumida en sonambulismo, pronunciaba palabras ininteligibles, y, las apartaba después, con un lento gesto sacerdotal;

sólo para los endemoniados cambiaba el ritual; para ellos, no bastaba la sola imposición de las manos, era necesario, que besasen los estígmata de los pies, mientras ella decía los extraños exorcismos, y, era doble el valor de la limosna que debían depositar;

así pasaron los años;

la Santa no envejecía;

inmóvil sobre su lecho, parecía momificada;

la leyenda florecía en torno de ella, como un rosal de rosas inverosímiles;

el respeto que rodeaba a esa casa de santi-

dad, era mayor que el que pudiera rodear a
dad, era mayor que el que pudiera rodear
un templo, donde el milagro de un Dios vivo,
hiciese su aparición;

los tímidos campesinos decían, que acer-
carse a aquella casa en la noche, era atraer
sobre sí, los castigos del cielo, porque esa
era la hora en que la Santa, se entretenía en
hablar con Dios, y, el milagro de los estíg-
matas se renovaba;

por nada del mundo, nadie del campo, ni del
poblado, se habría atrevido a hollar, antes
del alba, aquel predio de los milagros;

sólo Dios, bajaba hasta él;

Dios le hacía centinela;

las gentes aseguraban haber oído en la
noche, sus gritos, que parecían aullidos de
bestia, cuando los espíritus la poseían para
comunicarle sus visiones;

su ayuno perpetuo era una de las mara-
villas de su santidad..

no aceptaba a sus creyentes, ningún regalo en especies;

—Aquél que alimenta a los pájaros del cielo, ése me alimenta a mí; su presencia me nutre y me consuela—les había dicho;

en su huerto descuidado no había legumbres...

ninguna ave de corral, alegraba aquel hortal con su presencia;

sólo las rosas se daban en una profusión primaveral, en el inculto jardín, desbordando por sobre los muros, y algunas trepadoras, llegando hasta los ventanales cerrados de las estancias vacías;

en la única habitación que ocupaba la Santa, las imágenes de los otros santos, sus hermanos, la miraban con ojos de fraternidad, pues que ellos sabían también, lo que es la santidad;

los ojos de los ángeles, transparentes de pureza, parecían mirar con veneración, aque-

lla hostia humana, tan pura como ellos, que añadía a su pureza, la gracia inmarcesible de su largo martirio;

las bocas de las vírgenes, en su tristeza austera, de pétalos inviolados, parecían sonreír, desde sus oleografías policromas, a aquella carne extenuada, que si no era virgen, como la de ellas, había obtenido por el fervor de su sacrificio una nueva virginidad;

el Cristo, con sus ojos agonizantes, miraba a aquella nueva Magdalena, con una ternura que recordaba, la que sus ojos tuvieron cuando vivo, mirando a la otra pecadora convertida por su palabra, en las tardes azules de los valles galileos;

y, todo el cielo y, la tierra, protegían y, veneraban, aquella mansión sagrada, aquella casa de la santidad, donde moraba el secreto de Dios, y, se efectuaba la renovación perpetua de sus llagas sacratísimas.

II

El silencio era profundo, en torno a la casa del Milagro;

recio el aire;

torvo el cielo;

hoscó el olivar gemía;

los perros aullaban en la sombra...

volaban las cornejas...

y, el aire lamentándose, doblaba la arboleda...

la Santa levantó la cabeza de sobre el cabezal; miró en torno suyo; escuchó atenta...

uno tras otro, lentamente, sacó los brazos de bajo los cobertores; los estiró, con movimientos de felino perezoso; apartó las ropas del lecho; tiró las piernas fuera de la cama; y, se puso en pie;

a la luz muy escasa de la lamparilla de aceite, que ardía en el altar, la santa, parada cerca al lecho, parecía un fantasma;

alta, delgada, erecta, en su camisa blanca que semejaba un sudario, era como un muerto en pie;

anduvo con paso firme en esa penumbra, como quien tiene el hábito de andar en la obscuridad, hasta tropezar con el muro;

abrió una alacena disimulada allí, tomó una amplia bata de lana roja y, se la puso, abrochándola al cuello y ciñéndola a la cintura, calzóse de babuchas delicadas; quitóse el blanco pañuelo que la cabeza le ceñía, y, con él, los mechones postizos entrecanos destinados a envejecerla, tomando de la misma alacena, una lámpara de petróleo, y la encendió;

un esplendor vivísimo, iluminó la estancia sórdida;

la Santa descolgó la arquilla en que los peregrinos depositaban sus limosnas y, que pendía del muro, al pie del lecho, y con ella en una mano y, la lámpara en la otra, entró a la habitación contigua, que era amplia

y bien amueblada, puso la lámpara y, la arquilla sobre una mesa y, abrió la última; la volcó, sobre la mesa y, las monedas se agruparon unas y rodaron otras, las palpó, las examinó, las contó, con avidez, de avaricia; luego, se dirigió a su alcoba, se inclinó bajo el lecho, levantó los ladrillos del suelo y extrajo otra arca de mayores dimensiones, y, la trajo consigo; la colocó sobre la mesa y, la abrió; adentro relució el oro de las monedas, brilló el argento, y, se vieron los billetes de banco, multicolores y, enfajados;

la Santa miró su tesoro, y, su rostro se iluminó de alegría;

juntó las limosnas del día, al caudal allí reunido, y reservándose una cantidad, fué a colocar las dos arcas, en sus lugares respectivos;

regresó de nuevo, airosa, ligera, en su bata roja, que destacaba su palidez, en gran parte

artificial, y, la hacía parecer, una llama que anduviese;

abrió un armario viejo, en cuyos anaqueles, se veían carnes, embutidos, latas de fiambres, pastas y, vinos en profusión;

tomó una botella de vino, algunas carnes y pastas, y, poniéndolas en la mesa sobre un mantel immaculado, se puso a cenar tranquilamente, como quien tiene el hábito de hacerlo siempre a la misma hora;

sin duda esperaba a alguien, porque con frecuencia ponía oído atento a los ruidos de afuera, y, seguía cenando;

era bella, a pesar de la cuarentena ya bien avanzada; su delgadez, conservada, por bebedizos, untos y masajes, la hacía aparecer más joven; su palidez ascética, debida a su claustración absoluta que preservaba su piel, del contacto del aire y, de la luz, y, mantenida por el uso del vinagre como bebida y como agua de *toilette*, hacía más brillantes los ojos negros, que en el círculo

violáceo de las ojeras pintadas al amonio, tenían aún extrañas seducciones, en el mirar, a pesar del aire de fijeza atónita a que su profesión de pitonisa y de vidente, los había habituado;

había algo de la cortesana, que no había muerto en ella, a pesar de la clausura y, la quietud a que la condenaba su nueva profesión de santa;

ese algo, residía en los ojos, en los movimientos, en la rara elegancia del andar;

dos golpes muy quedos, sonaron sobre el cristal de una ventana;

la Santa, escondió la luz, detrás de una pantalla, y, fué a abrir;

un relente helado entró por la puerta, y, con él, una forma humana, que más parecía una sombra;

la Santa, cerró la puerta, sin ruido, volvió al centro del aposento, sacó una lámpara de tras la pantalla, y, miró fijamente a quien había entrado con ella;

era una vieja, alta, huesosa, cetrina, de rostro acartonado y, facciones fuertemente acentuadas;

vestía con pulcritud, a la moda de los campesinos del país;

—Vaya un tiempo—dijo la vieja sacudiendo la manta en que venía envuelta—Llueve a cántaros—Mira cómo estoy—y, así diciendo mostraba la parte inferior de la falda, toda humedecida, sin duda al vadear el río.

—Pobre tía—dijo la Santa, ofreciéndole un vaso, lleno de vino—Beba, beba, que eso le hace bien; no ha debido venir con este tiempo.—Imposible esperar—replicó la vieja—la cosa es muy urgente.

—¿Tanto?—dijo la Santa, con inquietud,—y, se sentó en una silla, cerca a la mesa y, haciendo señas a su tía, para que hiciera lo mismo;

con el codo apoyado en la mesa, y, la mano en la mejilla, la Santa, esperó que la vieja hablara;

viendo que ésta callaba la interpeló al fin:

—Y, bien... ¿qué hay?

—Que ha venido—dijo la vieja, como quien suelta una bomba;

—¿Que ha venido? ¿quién?—dijo la Santa, con una voz que temblaba;

—Santiago; tu hijo...

—¿Mi hijo?...

—Sí, hace una semana que ha llegado; se me apareció a media noche, entró saltando las tapias del solar; me dió un susto horrible;... venía a pie desde la ciudad, casi desnudo; no me ha dicho qué fechoría ha hecho; alguna muy grande, porque me dijo que lo perseguían;

sin detenerse a pensar en estos detalles, la Santa preguntó con una premura verdaderamente maternal:

—Y, ¿está bien?

—Fuerte y, guapo; es un encanto de criatura; el mismo rostro del Padre Félix, el Santo, que te hizo ese milagro; no hay como

los hijos del pecado, para parecerse a sus padres; de ti, no tiene sino los ojos; y, una boca que provoca comérselo a besos,—dijo la vieja, con una ternura tan grande, que en otra mujer que no fuera de su edad, habría sido sospechosa;

—¿Y, muy crecido?

—Altísimo, un hombre hecho y derecho; ¿no ves que tiene ya veinte años? los hizo en Noviembre;

—Verdad,—dijo la Santa, y, quedó meditando, pensando en las cosas de ese pasado, ya tan lejano, y, que parecían haber sucedido ayer;

la llegada de su hijo, la conmovía hondamente, removía en sus entrañas, el sedimento de todos sus amores;

no conocía a su hijo;

no lo había tenido en sus brazos, sino unas horas, cuando había nacido, en casa de su tía, esa vieja que ahora le hablaba;

cuando el niño nació, ella no era aún una

Santa, pero era ya una conversa, la arrepentida, del milagro de cuya conversión, todos hablaban;

el secreto de esa conversión lo ignoraban todos;

no se sabía que su amor al joven sacerdote que la había adoctrinado, era el que la había llevado al pie de los altares, que su conversión, no había sido, sino un amor más, un pecado más, un vicio más, porque ella había vencido la castidad del joven levita, y, éste había sido su último trofeo de pecadora;

de ese amor había nacido ese niño;

nadie había sabido ese nacimiento, porque ella había ocultado su preñez en la soledad, y, fué entonces cuando se habló por primera vez de sus maceraciones, de sus penitencias, de sus visiones, del gran dolor de la pecadora pronta a morir de pena...

y, el niño fué llevado lejos, puesto a nodriza, en una aldea lejana, para que no des-

truyese la naciente leyenda de santidad, que el pueblo iba tejiendo, en torno a la invisible Magdalena, que se ocultaba, para vivir en la soledad, la vergüenza de su pecado y, la gloria de su arrepentimiento;

el joven sacerdote, fué enviado muy lejos, a otra cura de almas, donde operó nuevas conversiones, hizo nuevos milagros, y, como era epiléptico, y vicios de soledad, desarrollaban los gérmenes de su enfermedad, llegó a ser un visionario; se hizo taumaturgo, y, ahora ejercía de tal, en una diócesis lejana, donde por su santidad y su elocuencia, había sido elevado a la dignidad episcopal;

el niño no había sido privado de nada; de la aldea había sido llevado a la ciudad, puesto en escuelas y, colegios, de los cuales había sido expulsado por sus turbulencias, pues parecía llevar en sí, el germen de la epilepsia paterna, que lo predisponía a los peores excesos de violencia;

puesto a pensión en casa de un ebanista,

había aprendido ese oficio, y, era de allí de donde se había evadido y, llegaba ahora, a casa de aquella vieja a quien creía su abuela, y, era el único ser de familia que conocía;

rememorando ese dulce pasado, la Santa apenas oía a su tía, que continuaba en decir:

—Viene sin ropa y, es necesario vestirlo; come como un lobo; en pocos días me ha limpiado la despensa; hasta un cordero que maté lo ha concluído;

la Santa, conocía la codicia de su tía, muy semejante a la avaricia de ella, y, se aprestó a la defensa, diciendo:

—No sé qué voy a hacer; este negocio se pone cada vez más malo; los peregrinos vienen cada día menos; las curaciones disminuyen; parece que la gente pierde la fe; la llegada de ese nuevo médico me quita mucha clientela; el cura no me recomienda ya mucho, porque no quise darle los cuarenta duros que me pidió el último día que me

confesó; si él, me declara la guerra, estoy perdida:

—Y, ¿por qué no se los diste? ¿para qué te sirve el dinero? gruñó la vieja.

—¿Dinero? si yo, no tengo dinero, dijo la Santa, con una angustia en la voz, como si fuesen a robárselo.

—¿Que no tienes?; nadie tiene en el pueblo tanto dinero como tú;

—Mentira, mentira; los pocos ochavos que me dan de limosna, los gasto en medicamentos y, en el culto de la Virgen de las Angustias:

—Menos pasara yo, si lo gastaras en tu hijo; ya te he dicho que viene desnudo y hay que darle de comer; y, tienes que hacerlo tú, porque yo, no le he parido.

—Es preciso que parta,—dijo la Santa, con angustia—su presencia aquí es un peligro; puede arruinarme el negocio.

—Y, ¿a dónde ha de ir? su padre no querrá verlo, porque es también un Santo, como tú; y, en esa profesión los hijos estorban;

de todos los milagros que ha hecho, éste es el único que no quiere reconocer; ¿a dónde va este infeliz que es hijo de dos santos?

—Que vuelva al taller, que regrese a la ciudad; allí le enviaremos su mesada, como siempre...

—No quiere; ¿no te he dicho que viene huído? alguna habrá hecho allá, cuando lo persiguen, según dice; no quiere salir de día; no sale sino de noche, cuando llega a buscarlo, un su amigo que vino con él, y que debe ser un pájaro de cuenta, según la fama que tiene; regresa de madrugada...

—Que parta, que parta, dijo la Santa, con horror, sin dejarla concluir:

—Y, mira lo que son las cosas—continuó la vieja, ya en vena de charlar,—el chico me preguntó, si era verdad que en el pueblo había una Santa que hacía muchos milagros, porque él, quería verla, para que le impusiera las manos, y le bendijese un proyecto

que traía, y el cual había de darle mucho dinero.

—Que no venga, que no venga,—clamó la Santa, con un gran terror en los ojos y, en la voz—y, luego asallada de una crisis de ternura, que hizo brotar el llanto en sus pupilas, añadió:—El hijo de mis entrañas;... yo siento que no podría verlo indiferente; lo reconocería entre mil; lo abrazaría, lo besaría, aunque me arruinara, aunque me perdiera; ¡ah! no, no, que no venga...

—Si le da por venir, nadie podrá impedirselo, porque el ingreso a tu casa es libre...

—Es verdad—murmuró la Santa, vencida por el argumento;—es necesario impedirle que venga.

—¿Quién se lo impedirá?

—Tú.

—¿Yo?

—Sí; dándole el dinero para el viaje.

—Y, ¿para vestirse? porque no va a ir desnudo.

—También.

—Y, para darle de comer y, para pagar lo que se ha comido...

—¡Jesús! mujer, pides más que una no vena...

—Y, ¿lo voy a mantener yo?; yo no soy su madre.

—Toma dijo la Santa—sacando del bolsillo, el dinero que allí había puesto, sabiendo que venía su tía, a la cual quería hacer algunos encargos, de los cuales prescindió para atender a esas otras imprevistas necesidades;

la vieja miró el dinero con codicia y, lo contó;

—¿Y, esto?

—Para el vestir y, para el viaje...

—Y ¿la comida?

—¡Pero mujer!...

—Nada, nada, de aquí me pago yo, y, el chico no parte.

—Toma—dijo la Santa, alarmada ante la amenaza, y, le dió más dinero;

la vieja lo recogió, aprestándose a partir;

—No, dijo la Santa; no te vayas todavía; tienes que revivirme las llagas;

y, así diciendo, fué al armario, y, regresó, trayendo de él, un potecito de carmín líquido, y, una larga aguja de punta muy fina;

se sentaron;

la Santa apoyó un brazo en la mesa, y, lo extendió con la mano vuelta hacia arriba;

la vieja humedeció la aguja en el licor carminado, y, avivó el color de los estígmata, que estaban trazados con surcos en la piel; y, decía entretanto:

—¿Tú sabes que yo quiero, que el chico parta? me da miedo ese compañero que tiene; me parece un bandido; no sé por qué creo que meditan algún mal golpe; nos darán un susto, si no se va...

—¡Jesús, mujer! ¡qué cosas tienes!—dijo, la Santa asustada, moviendo tan fuertemente

la mano, que la aguja, le entró en las carnes y, la hirió verdaderamente, haciéndole sangre;

la vieja continuó en charlar:

—La otra tarde me decía muy meloso: abuelita ¿dónde guardas los cuartos? si yo, no tengo cuartos, respóndile; ¿que no tienes?; yo, te los voy a encontrar; y, reía, mostrando unos dientes de lobo, parecidos a los tuyos.

—Cosas de chico, murmuró la Santa, meditabunda.

—Será, pero, yo le tengo miedo; mejor que parta...

—Sí...

—Antes que una desgracia...

un perro aulló afuera; aulló desesperadamente; el viento sonaba como si aullase también;

las dos mujeres se miraron asustadas;

les parecía haber oído ruidos en el corral cercano...

ellas callaban;

los ruidos callaban también;

después de las de las manos, la vieja había revivido las llagas de los pies:

—Algunos dicen que me falta la del costado, la de la lanzada; porque son cinco las llagas de Cristo.

—Esa dicen que no les sale a los santos, sino después de muertos... y, es Dios mismo quien se la abre...

—Pues que tarde mucho en abrírmela, dijo la Santa, ya serenada, y, sonreía mirándose los pechos cándidos, y, pensando en la herida del costado, cuyo rojo haría tan bien a su blancura de azahar...

—Me moriré sin la herida, dijo riéndose.

—Amén, murmuró la vieja encaminándose hacia la puerta;

la Santa, ocultó la lámpara y, fué a abrir...
afuera rugía la noche...

la vieja, se arrebujo en la manta, y, partió...
se perdió en la Sombra...

la Santa, cerró la puerta, y, volvió al centro del aposento, pensando, no sin placer, en que a su tía pudiese pasarle alguna aventura desagradable en el camino, como que la asaltasen, la robasen, y, hasta la asesinasen, librándola así, de un tan incómodo testigo;

y, sonrió pensando, en el miedo que la vieja tenía a su hijo, y, en la pregunta del muchacho:

—Abuelita ¿dónde tienes los cuartos?

y, sonriendo de esto, se puso a guardar los manteles, los platos y, las botellas hasta hacer desaparecer toda huella de la cena;

después, se hizo una cuidadosa *toilette* personal, acentuó el negro de sus ojeras y, el blanco de su rostro; guardó la bata y, las babuchas; se vistió en blanco, anudóse otra vez el pañuelo con las crenchas encanecidas, cambió las ropas del lecho, arreglándolas meticulosamente, quemó un poco de espliego para perfumar la estancia, y, se acostó, tomando otra vez sus actitudes de inmovilidad...

la luz empezaba a entrar por los intersticios de la puerta...

la lámpara votiva ardía;

y, la Santa, dormitaba...

III

Aquel día, el tránsito de peregrinos, había sido grande por el aposento de la Santa;

había un pesado olor a incienso, porque esa mañana le habían traído el Viático, y, los romeros, acudían más ese día en que la Santa, estaba en comunión con Dios;

un joven, llegó, ya casi de los últimos, y, se situó en la puerta, para esperar su turno;

cuando éste le llegó, avanzó hasta el lecho de la enferma, mirando a todos lados, con mirada indagadora;

estuvo un momento en pie, contemplando aquel cuerpo inerte, perdido bajo las sábanas, aquel rostro cadavérico hundido en la sombra;

se arrodilló al pie del lecho;

la Santa, sin verlo, lo había presentido...

su corazón le había dicho: tu hijo; ahí está tu hijo;—y, se había puesto a temblar, como una sensitiva...

volviendo el rostro hacia el joven, la Santa, preguntó:

—¿Qué quieres? hijo mío...

había dicho: hijo mío... y, era su corazón el que había hablado...

su voz temblaba, como ahogada por las lágrimas que brotaban de sus ojos;

sus manos, antes de bendecirla, acariciaron la cabeza del joven, y, se enredaron en su melena undosa, de la cual un mechón caía sobre la frente:

—Yo, dijo él, quiero hacer fortuna; tengo un proyecto, que ha de dármele; necesito que tú me bendigas, para que Dios me ayude; quiero ser rico...

la mano de la Santa temblaba bajo el encanto de aquella voz que le recordaba otra

voz muy amada, y, se apoyaba fuertemente en esa cabeza, tan semejante a otra cabeza, que había dormido tantas noches sobre su seno; y dijo:

—Vé, y, triunfa; tú, serás vencedor...

y, lo bendijo...

el joven besó la mano que lo bendecía...

y, partió...

la Santa ya no pudo dar aquel día, más audiencias;

se sentía rota por la emoción...

lloraba, lloraba, y, besaba las manos que habían bendecido a su hijo, que habían acariciado su cabeza, y, las odoraba, como si de ellas se escapase un sutil perfume;

esta crisis de pitonisa, que ella simulaba siempre, esta vez fué verdadera;

se dijo en el pueblo, que ese día, Dios la había visitado con más piedad, y, el poder de sus visiones, había sido tan grande, que había estado a punto de morir, herida por la presencia de Dios;

y, el pueblo todo, miró hacia la casa de la Santa, sobre la cual creía ver las alas de Dios, abriéndose como un estandarte de Misericordia...

IV

Fosca noche;
un gran silencio...
afuera nieve, viento y, frío;
la Santa, que acaabba de cenar, a la hora habitual, contaba sus limosnas;... el oro lucía sobre la mesa;
sintió un ruido hacia la puerta;
tuvo miedo;
recogió los billetes y, las monedas, y, trató

de huir para llevarlos a su escondrijo;... no tuvo tiempo...

la puerta había saltado con una palaqueta y, dos hombres enmascarados penetraron;

la asieron fuertemente;

ella, quiso defender su tesoro y, gritar;

—Calla, le dijo uno de los hombres, hundiéndole en el pecho, la hoja de un puñal; era un estiléte fino como una aguja; retiró la hoja casi sin haber sangre en ella...

la Santa, cayó de espaldas, no sin arrancar antes el antifaz a su asesino;

y, lo reconoció;

era su hijo...

éste, la empujó violentamente con el pie, y, se escapó con su amigo, llevándose el tesoro bajo el brazo...

los oyó reír...

y, perdió el sentido...

clareaba el alba cuando volvió en sí;

comprendió que iba a morir y, se arrastró hasta su lecho;

tuvo aún fuerzas para guardar su bata y, hacer desaparecer las huellas del crimen:

—Madre mía, madre mía—decía a la Virgen del altar—haz que pueda escapar, que no lo cojan; protégelo, Virgen mía;

y, se puso en el lecho, ya con el estertor de la agonía...

a las primeras vecinas que acudieron a verla como todos los días, les dijo, ya tartamuda por la muerte próxima...

—Voy a morir; Dios, me ha visitado por última vez; y, me ha impreso, el último de sus estigmas, el del costado, y, mostraba su seno, en el cual el estilete pérfido, había dejado apenas una huella roja, semejante a un leve rasguño; la hemorragia interior, había más bien disminuído que ensanchado los bordes de la herida...

con el seno descubrió y, las manos en él, quedó muerta;

todo el pueblo vino a ver el nuevo milagro,

y, a besar la herida que Dios mismo, había abierto con sus manos, en ese cuerpo de Santa...

y, la Santa fué adorada...

FIN



INDICE



	<i>Págs.</i>
Rosa mística.	5
Romántico.	19
Libertino.	49
Inolvidable	59
Bajo los árboles.	73
Tarde.	95
Emboscada	115
Vengado	127
Soñador	167
Superstición.	177
Claudio.	193
Santa	215





Obras de LEON TOLSTOY

DE VENTA EN ESTA CASA EDITORIAL



Infancia, Adolescencia, Juventud, un tomo.	5	pesetas
Los cosacos, Sebastopol, un tomo	4	»
La invasión, Polikuchka, Narraciones cor- tas, un tomo.	4	»
La guerra y la paz, 3 tomos.	6	»
El matrimonio, un tomo	2	»
La esclavitud moderna, un tomo.	2	»
Ana Karenine, 2 tomos	4	»
Ana Karenine, (drama)	0'75	»
Ana Karenine, 2 tomos tela. — (Colección «Arte y Letras»)	10	»
La sonata de Kreutzer, un tomo.	2	»
Los Cosacos.--Imitaciones, un tomo	2	»
Dos aventuras, un tomo.	1'50	»
Amor y Libertad, un tomo.	2	»
Cuentos y fábulas, un tomo.	2	»
Los placeres viciosos, un tomo.	2	»
Imitaciones, un tomo	1'50	»
Resurrección, (drama)	1'50	»



RARE BOOK
COLLECTION



THE LIBRARY OF THE
UNIVERSITY OF
NORTH CAROLINA
AT
CHAPEL HILL

PQ8179
.V3
R66
1917

OBRAS DE VARGAS VILA

A 4 Ptas. el tomo, con cubiertas de Romero Calvet.
Encuadernados en tela, 6 Ptas.

La Voz de las Horas. (Pensamientos filosóficos).
Un tomo de 256 páginas.

La Muerte del Cóndor. (Del poema, de la tragedia y de la historia).—Un tomo de 264 págs.

Clépsidra Roja (1916).—Un tomo de 216 págs.

Ante los Bárbaros.—Un tomo de 240 páginas.

Sobre las Viñas Muertas (novela).—Un tomo de 256 páginas.

Horario Reflexivo.—Un tomo de 266 páginas.

En las Cimas.—Un tomo de 224 páginas.

El Huerto del Silencio (novela).—Un tomo de 240 páginas.

Los Discípulos de Emaüs.—Un tomo de 224 páginas.

El Cisne Blanco.—Un tomo de 240 páginas.

Eleonora (novela).—Un tomo de 320 páginas.

Rosa Mística (novelas cortas).—Un tomo de 256 páginas.

Poemas Sinfónicos.—Un tomo de 256 páginas.

A la Hora del Crepúsculo.—Un tomo de 256 páginas.

Prosas Selectas.—Un tomo de 272 páginas.

Belona Dea Urbis.—Un tomo de 208 páginas.

Hombres y Crímenes del Capitolio.—Un tomo de 256 páginas.